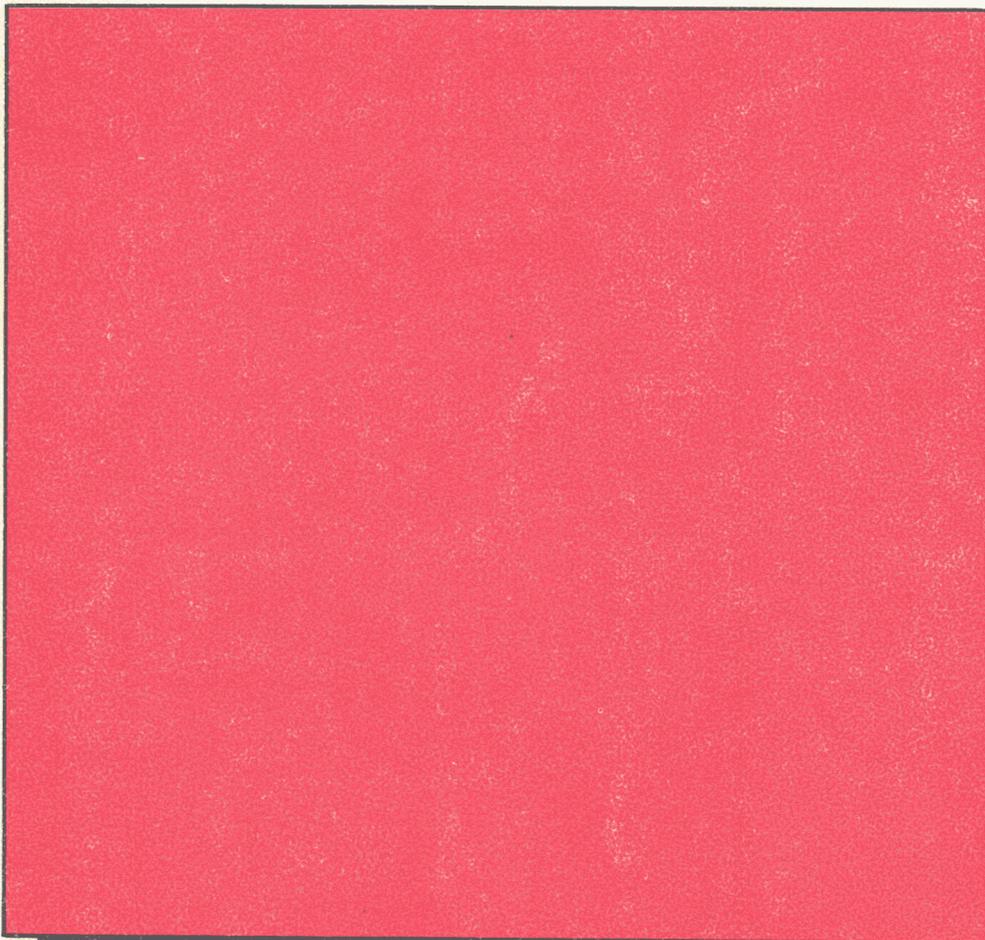


Medios de Difusión y Sociedad

Notas críticas y metodológicas

Enrique E. Sánchez Ruiz



CENTRO DE ESTUDIOS DE LA INFORMACIÓN Y LA COMUNICACIÓN

Medios de Difusión y Sociedad

Notas críticas y metodológicas

Enrique E. Sánchez Ruiz

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA INFORMACIÓN Y LA COMUNICACIÓN

COLECCIÓN: Textos de Comunicación y Sociedad

**© Universidad de Guadalajara
Centro de Estudios de la Información
y la Comunicación
Paseo Poniente 2093
Jardines del Country
Apartado Postal 6-216
Guadalajara, Jalisco, México, C.P. 44210
Cuidado de la edición: Teresa Tovar Peña y Mónica Márquez Hermosillo
Tipografía y composición: Margarita Marín Solís
ISBN: 968-895-321-0
Impreso en México
*Printed in Mexico***

ENRIQUE E. SANCHEZ RUIZ:

Licenciado en Ciencias de la Comunicación, maestro en Comunicación y Desarrollo, y doctor en Educación y Desarrollo Internacional.

Coautor del libro *Comunicación social, poder y democracia en México*; autor de un sinnúmero de escritos científicos y de divulgación publicados en revistas académicas nacionales e internacionales, que tratan una amplia gama de asuntos de la comunicación social, principalmente televisión, prensa y cine. Sus contribuciones a esta especialidad académica comprenden bancos de datos, reportes de investigación empírica, análisis históricos, propuestas metodológicas y reflexiones epistemológicas.

Actualmente es investigador y director del Centro de Estudios de la Información y la Comunicación de la Universidad de Guadalajara; coordinador del Comité de Investigación del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) y de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) y cuarto vicepresidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC).

INDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. LA BÚSQUEDA METODOLÓGICA EN LA INVESTIGACIÓN MEXICANA SOBRE MEDIOS DE DIFUSIÓN	13
En busca de la "piedra filosofal"	15
La llegada de EL método científico (Dependencia y "modernización" en la investigación social)	17
La reacción crítica latinoamericana	19
El "desfile de modas"	22
Crisis y nuevas búsquedas	27
2. LOS PARADIGMAS HEGEMÓNICOS EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL	31
El empirismo	33
El enfoque dialéctico	35
De síntesis creativas y apropiaciones dialécticas (o para dos maniqueos, un tuerto)	38
3. APUNTES SOBRE UNA METODOLOGÍA HISTÓRICO-ESTRUCTURAL (CON ÉNFASIS EN EL ANÁLISIS DE MEDIOS DE DIFUSIÓN)	47
Método, paradigma, tradición de investigación	47
Análisis histórico-estructural	57
Hacia un marco histórico-estructural para el análisis sociológico de los medios de difusión	67
BIBLIOGRAFÍA	109

Introducción

La presente publicación se compone de tres escritos elaborados de manera independiente, en tiempos diversos, aunque con cierta continuidad temática entre ellos; refleja un proceso de búsqueda que lleva ya más de una década. Cuando el autor era alumno doctoral en la Universidad Stanford, en la Escuela de Educación, formó parte de un comité llamado entonces *Ad hoc committee for historic-structural research*, organizado por los propios estudiantes. Entonces se nos enseñaba, en el programa de Educación y Desarrollo Internacional (SIDEI), que había que enfocar los problemas de investigación desde una óptica macrosocial, en ocasiones incluso al nivel del "sistema mundial". Pero se nos "arrojaba" a tomar cursos de metodología y técnicas de investigación que servían principalmente para proyectos de nivel *microsocial*, en especial de índole cuantitativa, que se ofrecían en los diversos departamentos de la Universidad. Los estudiantes organizamos entonces nuestro propio sistema de facilitación metodológica, en un Seminario de Metodología Histórico Estructural. Así surgió la metodología de nuestra tesis doctoral y de varias otras tesis, enfocadas a problemas de investigación de índole "grandota", con una aproximación crítica a temas que se relacionaban con la educación y el cambio social.

Nuestra preocupación metodológica surgió, sin embargo, antes, cuando nuestro asesor en el programa de Maestría en Comunicación y Desarrollo en la misma universidad nos "retó" a realizar una tesis en la que se comparasen las dos principales escuelas de análisis social sobre problemas de comunicación masiva: el llamado enfoque de investigación "administrativa" y el de indagación "crítica". Partes de ese trabajo de tesis se encuentran reflejadas en este texto. Por cierto, al realizar esa labor fue cuando nos dimos cuenta de que regularmente, cuando un investigador adscrito a alguna de las dos escuelas

mencionadas hacía referencia a "la otra", tendía a caricaturizarla y a describirla como mucho más simple en sus presupuestos y procedimientos, de lo que realmente era. Fue cuando aprendimos a tratar con mayor respeto a cualquiera que no estuviese de acuerdo con lo que nosotros creíamos, pues ninguna aproximación teórico metodológica en ciencias sociales está, en última instancia, *totalmente* equivocada, como tampoco ninguna tiene el monopolio de la verdad.

Al poco tiempo de haber ingresado al doctorado, tuvimos que elaborar un trabajo-rito de pasaje, el llamado *qualifying*, que consistía en definir, a manera de un anteproyecto de investigación, un objeto de estudio y cómo sería abordado. En virtud de que no había disponibles en la literatura de habla inglesa, ni en español, trabajos que ayudasen a plantear explícita y sistemáticamente, desde el punto de vista metodológico y técnico, cómo realizar una indagación histórico-estructural (tipo de investigación que deseábamos realizar), aprovechamos un verano e hicimos *la investigación*: mediante una definición "ostensiva", *mostramos* lo que queríamos hacer. Así, presentamos "*Towards a historic-structural framework for the analysis of mass communication as informal education in the context of Mexico's capitalist dependent development*", del que surgieron algunas ponencias, dos publicaciones (Sánchez Ruiz 1981; 1985a) y una base informativa para nuestra propia tesis doctoral. Pero lo importante es que, al transcurso del tiempo y a pesar de múltiples obstáculos de diversa índole, hemos seguido acompañando nuestra labor de investigación concreta, así como la de "investigación sobre la investigación", por una modesta aunque constante reflexión epistemológica y metodológica, que de momento se sintetiza en este escrito. Lo que aquí se presenta es aún provisional. Las propuestas contenidas, especialmente las de los "mapas" incluidos al final, seguirán siendo desarrolladas por este autor en el futuro inmediato. Sin embargo, consideramos que es muy importante ir *exponiendo* los avances de la reflexión y la investigación a la crítica, pues solamente a partir de ella elaboraremos marcos de análisis más rigurosos.

Al principio de cada capítulo se indica el origen del mismo. Reiteramos que, a pesar de haber una gran relación entre los escritos que aquí presentamos juntos, éstos fueron realizados de manera independiente por lo que a pesar de un leve intento de retrabajarlos editorialmente, hay ciertas repeticiones y saltos que no se han podido

evitar. Ojalá el lector tenga ganas y modo de enviar su reacción y opinión al autor, para que estas notas puedan eventualmente ser más útiles a un número mayor de estudiantes, profesores e investigadores, no solamente de los medios de difusión, sino de lo social en general. Por cierto, consideramos igualmente válido construir a los *medios de difusión* en tanto objetos sociológicos de estudio, e ir de ellos a otras mediaciones sociales, para regresar a un entendimiento más rico de los mismos; como otros acercamientos que comienzan en otro lugar de lo social para llegar a los medios masivos de difusión como objeto “accesorio” o “secundario”. Dentro de procesos históricos mucho más amplios y complejos, los medios de difusión masiva, no dejan de ser aspectos fundamentales de la vida social contemporánea. Esto quiere decir también que aquí no intentamos un acercamiento sociológico a la comunicación en general, ni siquiera a la comunicación “social”, sino estrictamente a esa área del espacio histórico social contemporáneo que delimita la existencia y operación social de los llamados “medios masivos de difusión”. Como veremos, algunas dimensiones de su existencia pueden propiamente ser consideradas *comunicativas*, pero para un mejor entendimiento creemos que no es “desde” la comunicación, sino *desde la sociedad* de donde se debe partir para estudiar los medios. Por lo pronto, agradecemos comentarios y sugerencias de Jorge Alonso, Gilberto Fregoso, Raúl Fuentes, Jorge González Sánchez, Jesús Martín Barbero y Tere Tovar, quienes no tienen ninguna culpa de las barbaridades —tanto substantivas, gramaticales, etcétera— que pudieron haber quedado. El último capítulo se ha ido configurando a través de diversos cursos y seminarios: en el posgrado del Departamento de Comunicación de la Universidad de Nuevo México; en las Maestrías de Comunicación de las Universidades Iberoamericana e ITESO;¹ en un seminario impartido al personal académico del CEIC² de la Universidad de Guadalajara, así como en una serie de talleres dirigidos a profesores de universidades afiliadas al Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC); y en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara. Agradezco mucho el insumo crítico recibido por quienes han tenido la paciencia de escu-

1. Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

2. Centro de Estudios de la Información y la Comunicación.

charnos y leernos en todas esas ocasiones. Los tópicos, dimensiones y mediaciones provisionalmente presentados en ese último capítulo, de hecho, en el futuro se irán desarrollando más pormenorizadamente cada uno, pero consideramos pertinente hacer su presentación sumaria precisamente para *exponerlos* al enriquecimiento de la discusión crítica.

Finalmente, deseamos dejar constancia de que esta publicación obedece en gran medida a la motivación por *reavivar el debate* teórico y metodológico en el campo de los estudios sobre comunicación, misma que surge del actual papel del autor, como coordinador de investigación tanto de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), como del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC). Esperamos que les sea útil este intento de aportación a profesores e investigadores.

Guadalajara, Jalisco
Septiembre de 1991

1

La búsqueda metodológica en la investigación mexicana sobre medios de difusión*

Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar

A. Machado

Nos proponemos en este capítulo dar cuenta de algunos aspectos de la búsqueda metodológica que ha tenido lugar durante los tres últimos decenios en la investigación mexicana sobre comunicación. Ante el hecho innegable de que los fenómenos y procesos comunicativos son en definitiva fenómenos y procesos *sociales*, y de que en su complejidad, multidimensionalidad y constante mutación, están íntimamente relacionados con otros fenómenos también sociales —por ejemplo los económicos, tecnológicos, políticos, culturales, psicológicos, etcétera—, las búsquedas epistemológicas, teóricas y metodológicas que han preocupado principalmente a los investigadores en comunicación están profundamente ligadas con las de otras ciencias sociales. Esto es así con mayor razón, en virtud de que el objeto principal de estudio lo han constituido los medios masivos de difusión, así como los múltiples fenómenos y procesos sociales asociados a su operación histórico-social. Asimismo, las problemáticas y temas de

* Una primera versión de este capítulo y del siguiente fue presentada como ponencia en el Segundo Encuentro Iberoamericano de Investigadores de la Comunicación, Florianópolis, Santa Catarina, Brasil, INTERCOM 1989. Son revisiones de artículos previamente publicados (se proporcionan los datos en el lugar pertinente). Aquí han sido nuevamente examinados, actualizados y ampliados.

preocupación de las ciencias sociales mexicanas tienen mucho en común con las de otros países hermanos de Latinoamérica, a pesar de que cada estado-nación tenga sus propias especificidades históricas. Por tales razones, el enfoque de este escrito tiende a tratar la problemática metodológica de los estudios de comunicación no desde una perspectiva que consideraríamos “parroquial”, de la propia disciplina solamente, sino tratando de establecer relaciones con las ciencias sociales latinoamericanas; por esto, siempre que es posible tratamos de hacer referencias al contexto latinoamericano.

Iniciamos con un repaso del devenir histórico de los estudios de comunicación y las ciencias sociales durante el pasado más o menos reciente en Latinoamérica y en México, dando cuenta de algunas de sus búsquedas, retos, encuentros y desencuentros. Descubrimos que, a pesar de que se podrían identificar diversos enfoques teórico metodológicos durante este trayecto, han sido dos los más influyentes: el *empirista* y el *crítico* o *dialéctico*. Por esta razón, en el siguiente capítulo analizamos críticamente algunos de los postulados principales de estos dos paradigmas metodológicos, haciendo un llamado para abandonar los maniqueísmos, en un momento en el que las ciencias sociales se encuentran en una crisis que ha propiciado la búsqueda y la apertura de nuevos horizontes. En ciertos momentos, puede parecer que tratamos el tema con una óptica demasiado crítica. Pero consideramos que no estamos para complacencias ni “apapachos” académicos: Un componente sin el cual la ciencia no avanzaría en el conocimiento y la comprensión de nuestro entorno y no aportaría a la transformación eventual del mismo, es el uso de la crítica; aquella que busca *no* el desmoronamiento o cancelación—incluso apriorística a veces— de aquello que se critica, sino su re-construcción superando limitaciones, errores y contradicciones.

Una última precisión. Si bien la *comunicación humana* es un campo referencial de enormes dimensiones (y por lo tanto, potencialmente un campo de estudio construible del tamaño de la filosofía misma), en el caso de México, y estamos seguros de que también en el resto de Latinoamérica, lo que más ha captado la atención de los estudiosos ha sido el dominio de los medios de difusión masiva, sus orígenes, los determinantes de su operación social, sus relaciones con el poder, la composición de sus discursos, sus consecuencias e influen-

cias sociales, etcétera. Por tal razón, aquí se privilegia lo referente a la investigación sobre este sub-campo de la comunicación social.

EN BUSCA DE LA “PIEDRA FILOSOFAL” *

Al igual que los estudios sobre comunicación, en particular los referentes al periodismo, la reflexión moderna sobre lo social comenzó en Latinoamérica y en México entre el siglo pasado y principios del actual bajo la forma de “estudios eruditos”, de naturaleza descriptiva y taxonómica, o filosófica, legal e histórica (Boils y Murga 1979: 10; Beltrán 1981; Trejo 1988). Sin negar sus enormes aportaciones, en muchas ocasiones descriptivas, al entendimiento de nuestra realidad latinoamericana, a esta forma de estudio de lo social se le debe considerar como “precientífica”. Aquí solamente lo consignamos y preferimos dar cuenta de intentos más recientes de explicación sistemática de fenómenos comunicativos.

Por otra parte, debido a su relevancia para nuestra exposición posterior, deseamos dar fe de que hay una cierta herencia de nuestro pasado intelectual, un “episteme” que aún nos conforma y del cual hoy luchamos por liberarnos: éste se caracteriza por la constante búsqueda de la “piedra filosofal” (Contreras 1983:3), de *la palabra*, del guía-profeta, de LA teoría y metodología que nos lo explicará *todo*. Una característica de este estilo intelectual es el necesario “recurso a la autoridad”, con frecuencia la del filósofo europeo, para dar explicación final al objeto de reflexión. No solamente por el uso constante del recurso a la autoridad (“como dice *fulano*”, o “*mangano* ya lo dijo”), sino también por el tipo de explicación final y definitiva que con frecuencia implica, este estilo de reflexión social tiene una gran dosis de autoritarismo y, en cierta medida, de “religiosidad”. Es así mismo la “cultura del tratado general”, que significa la aspiración a escribir el libro definitivo sobre el tópico que nos ocupa y que excluye, por ejemplo, la producción de artículos científicos y avances parciales de investigación que puedan discutirse y enriquecerse paulatinamente entre colegas; y, por otro lado, elimina la posibilidad de

* Esta sección es una adaptación y expansión de nuestro trabajo previo: “La investigación de la comunicación y el análisis social en Latinoamérica y en México” (Sánchez Ruiz 1988).

discusión crítica y abierta con otras posturas y otras interpretaciones, que pueden enriquecer gradualmente la propia (una vez que se conocen a fondo, lo cual no suele hacerse). No se aspira a publicar y socializar contribuciones parciales, modestas pero potencialmente enriquecedoras al conocimiento, sino alguna "verdad total". Se trata, en general, de "decir la última palabra". Debemos reconocer que aún tenemos en Latinoamérica una cierta influencia de tal paradigma "autoritario", heredada del pasado. Lo hemos ejemplificado en otro lugar, con respecto a la investigación de comunicación en México:

Mucha de la producción de los años sesenta y setenta fue escrita bajo el signo del paradigma autoritario y en ella prevalecía un sesgo positivista, en el sentido de que se pensaba que se podían localizar las leyes universales del devenir histórico, y una óptica laplaceana (Laplace creía que el universo era susceptible de resumirse en una ecuación). En esos años creíamos que una serie de postulados teóricos nos iban a explicar todos los aspectos de la comunicación social. Este paradigma se fundaba obviamente en el principio de autoridad, por lo cual no teníamos incluso ni siquiera que investigar. Sólo necesitábamos leer y citar a los grandes maestros, a los clásicos, especialmente en el caso de las diversas interpretaciones marxistas, algunas de las cuales fueron muy influyentes. Ahí también encuentro en gran medida la fuente de una práctica que ha permeado a nuestra disciplina y a las ciencias sociales latinoamericanas en general: el "modismo". Si Althusser estaba de moda, todo el mundo tenía que ser althusseriano porque él tenía la llave de la verdad. Luego fue Gramsci y otros más. Independientemente de que Althusser y Gramsci pudieran aportarnos ideas, marcos generales, lo que no hacíamos era investigar concretamente. De ahí el teoricismo y de ahí también el que la investigación empírica, concreta, histórica, fuera sumamente pobre (*Revista Mexicana de Comunicación* 1988: 42).

Pensamos que el devenir teórico-metodológico de los estudios sobre comunicación en México, pero también en mayor o en menor medida en el resto de Latinoamérica, está signado por el proceso del pasaje del estilo autoritario hacia uno de mayor modestia y pluralismo intelectual; y que, acorde con los procesos políticos actuales de nuestros países, cada vez quedan menores espacios académicos para la intolerancia científica. No se trata necesariamente del tránsito hacia algún tipo de "democracia de la mayoría ignorante", sino simplemente hacia el fin del totalitarismo de la posesión (supuesta) del monopolio de la "verdad absoluta".

LA LLEGADA DE *EL* MÉTODO CIENTÍFICO (DEPENDENCIA Y “MODERNIZACIÓN” EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL)

A fines de los años cuarenta, cuando Estados Unidos surge de la Segunda Guerra Mundial más fuerte que nunca, invade al resto del mundo con capital, películas, música, control político y muchas otras relaciones, instituciones y chácharas que por unos años confirman su incontestable hegemonía. Entre lo que el país del norte exporta a todo el orbe se cuenta su ciencia social (EL “método científico”). Durante las décadas de los cincuenta y de los sesenta, Latinoamérica recibe, acriticamente y sin mediaciones ni adaptaciones, las teorías y metodologías en boga en Estados Unidos: el empirismo, el funcionalismo, el difusionismo y su síntesis, el “desarrollismo” —epitomizado por la teoría de la modernización—, cunden en la antropología, la sociología, la ciencia política, la economía y por supuesto, en los estudios sobre comunicación social. La “modernización” de nuestros países debía incluir a las ciencias sociales (Sánchez Ruiz 1986; González Casanova 1977; Boils y Murga 1979). En el caso de la comunicación social, los estudios de audiencia, de opinión pública y similares, comienzan a desarrollarse ante la expansión, con una dinámica transnacional, de los medios modernos de difusión masiva, de la publicidad y los esquemas comerciales, que también son importados de Estados Unidos (Marques de Melo 1984).

Luis Ramiro Beltrán (1976) ha analizado, a escala latinoamericana, la importación de modelos teóricos, metodológicos y técnicos norteamericanos para la investigación de la comunicación en los sesenta, y su incorporación preferencial, aunque no exclusiva, a los proyectos de desarrollo rural. Una muestra especialmente clara de esta influencia en México son los trabajos presentados en el *Primer Simposium Interamericano de Investigación de las Funciones de Divulgación en el Desarrollo Agrícola*, organizado en 1964 por la Secretaría de Agricultura y Ganadería (SAG) y la Universidad de Wisconsin. La mayor parte de ellos se caracteriza por la comprobación estadística de la eficiencia de campañas de difusión de innovaciones entre campesinos, en diversas regiones del país.

Son numerosos los estudios realizados en esa época que ilustran no sólo la franca adopción gubernamental de los enfoques del difusionismo, el desarrollismo y el funcionalismo, sino la dependencia intelectual y

científica del país, (...) manifiesta también en las tesis doctorales presentadas por algunos agrónomos mexicanos en universidades norteamericanas, sobre todo la de Wisconsin... (Fuentes 1989: 29-30).

La primera época de CIESPAL,¹ fundado en 1959 en Quito, obedece después de todo a tal proceso de “modernización transnacionalizadora”, igual que el surgimiento de otras instancias productoras de conocimiento de lo social, como FLACSO² en su primera época en Chile y la CEPAL,³ también establecida en Santiago (Fuenzalida 1980). Sin embargo, este tipo de instituciones, que comenzaron con el sino de la dependencia y de la hegemonía intelectual estadounidense, habrían eventualmente de servir, en mayor o menor medida, para que en ellas (o alrededor de ellas, como en el caso de la relación entre la CEPAL y el llamado “enfoque de la dependencia”) se produjera una reacción de auténtica búsqueda latinoamericana en las ciencias sociales.

A pesar de que el marxismo había llegado a Latinoamérica por muchas fuentes y en diversos frentes, y de que en general el pensamiento social europeo no había dejado de nutrir las reflexiones latinoamericanas, aquella fue la época de un predominio pronunciado de la influencia norteamericana sobre la ciencia social de nuestro subcontinente.⁴ Este fue también el tiempo de una dependencia intelectual que se manifestaba, por ejemplo, en que muchos latinoamericanos que iban a estudiar posgrados a los países centrales, en particular a Estados Unidos, funcionarían como correa de transmisión del *know how* científico social de aquellos; en el peor de los casos, operaban como simples maquiladores locales y jefes de trabajo de campo de las grandes investigaciones diseñadas por los *scholars* norteamericanos (González Casanova 1977). Ante el triunfo de la revolución cubana y la aparición de la guerrilla latinoamericana, la investigación social fue incluida en las estrategias de contrainsurgen-

1. Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina, de la UNESCO, que fue un organismo muy influyente para el despegue y desarrollo de los estudios sobre comunicación en la región durante los sesenta.
2. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
3. Comisión Económica para América Latina, de la ONU.
4. Tampoco debemos exagerar atribuyendo una presencia demasiado excluyente a los norteamericanos. Por ejemplo, el primer director de FLACSO fue el suizo Peter Heinz.

cia (Horowitz 1968), en la "Alianza para el progreso" y similares (Sánchez Ruiz 1986). Ningún comunicador o extensionista rural en los años sesenta podía salir al campo sin los textos de Everett Rogers sobre difusión de innovaciones y modernización a los campesinos, bajo el brazo.

LA REACCIÓN CRÍTICA LATINOAMERICANA

Aproximadamente a la mitad de los sesenta comenzó en Latinoamérica, pero por varias razones especialmente en Santiago de Chile,⁵ un movimiento crítico y revitalizador de las ciencias sociales latinoamericanas. La revolución cubana fue un suceso clave para orientar el pensamiento crítico en nuestra región, pues mostró que, ante las injusticias, desigualdades y contradicciones observables en nuestros países, había una opción de desarrollo socialista en la proximidad (visto con gran optimismo en sus primeros años). Surge el enfoque de la dependencia, con una gran influencia marxista, pero principalmente como una reacción crítica no sólo ante el estado de subordinación intelectual (y por supuesto, económica y política) de nuestros países frente a Estados Unidos, sino también ante la insuficiencia de las teorías y metodologías importadas del mismo país. Aún las aportaciones no marxistas, como el enfoque estructuralista predominante en los análisis económicos de la CEPAL, serían eminentemente críticas. Con los aportes de Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini, Silva Michelena y de muchos otros en sociología de la dependencia, de Tomás A. Vasconi en sociología crítica de la educación, con las discusiones alrededor del "pensamiento de la CEPAL" y el enfoque de la dependencia, etcétera, los años sesenta y setenta fueron germinales para el desarrollo de una ciencia social crítica (los estudios de comunicación incluidos) con raíces y características muy "latinoamericanas". Esto, no como una expresión de chovinismo "epistemológico" o ideológico a ultranza, sino en términos de una ciencia social que buscaba adecuarse a los formi-

5. Ciudad en la que convergían intelectuales brasileños en el exilio, además de argentinos, mexicanos, de otros países latinoamericanos, y por supuesto chilenos, en diversos centros internacionales de docencia, investigación y planificación ahí establecidos.

dables retos de conocimiento y transformación, que constituían los procesos históricos latinoamericanos, y que se rebelaba ante las influencias y determinaciones que ejercían los países centrales del capitalismo sobre el análisis social latinoamericano.

Sin embargo, esta ciencia social latinoamericana se nutría necesariamente de lo mejor de las aportaciones críticas de otras latitudes. Desafortunadamente, en ocasiones lo que ocurrió fue el cambio de un marco de análisis prestado, a otro, a veces un poco más útil, pero con alguna frecuencia esterilizante, como cuando se tomó al marxismo como una “doctrina”, que produciría automáticamente *todas* las respuestas teóricas y prácticas ante los problemas latinoamericanos. Muy pocos se dieron cuenta de que el marxismo, de hecho, era parte del proceso más amplio de expansión de la “civilización occidental” (cfr. Gramsci 1971: 416-418). Para esos tiempos, en México también se impulsaba la ciencia social, principalmente a partir del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM (fundado en los años treinta), de El Colegio de México (con los aportes pioneros de José Medina Echavarría, por ejemplo, que fue un gran introductor en México del pensamiento de algunos sociólogos clásicos) y de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPS) de la UNAM (cfr. Meyer y Camacho 1979; Reyna 1979; Benitez y Silva, comps. 1984). Contribuían a los grandes debates sobre el desarrollo latinoamericano Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen, entre muchos otros. Estos científicos sociales, por ejemplo, añadieron a las discusiones sobre la dependencia la dimensión del “colonialismo interno” y la “sociología de la pobreza”.

Siguiendo el signo de los tiempos, un pionero en el análisis crítico de la comunicación en Latinoamérica fue Antonio Pasquali, quien para 1963 publica su *Comunicación y cultura de masas*, que además de incluir una teorización sobre la masificación cultural y la alienación, proveía alguna información empírica sobre la televisión venezolana, su programación y su público. Eliseo Verón (1976) divulga la semiología de corte crítico desde Buenos Aires para fines de los sesenta, y Armand Mattelart desde los *Cuadernos de la realidad nacional* (CEREN) en Santiago, impulsa un cierto “denuncismo” marxista, con mucha riqueza empírica de base, aunque a veces con demasiada retórica militante. De hecho, es interesante el intercambio de críticas que se establece a principio de los setenta entre Eliseo

Verón y sus seguidores desde la revista *Lenguajes*, con Héctor Schmulcler (defendiendo a Mattelart y Dorfman) desde *Comunicación y cultura*, sobre divergentes criterios de científicidad a partir de dos diversos entendimientos del marxismo. Otro pionero del análisis crítico latinoamericano es Ludovico Silva, con su *Teoría y práctica de la ideología*, que incluye también el análisis “ideológico” de varios productos de la llamada cultura de masas que circulaban en Venezuela. Las aportaciones críticas de Paulo Freire al proceso de educación-concientización y su metodología de investigación temática, son patrimonio de gran importancia para la generación de una investigación ligada con la acción, que muchos “comunicólogos” adoptarían.

En México, las primeras aportaciones al análisis crítico de la comunicación mostraron relativamente poca consistencia teórica y metodológica. El sentido crítico con el que comenzaron muchas de las indagaciones a fines de los sesenta y durante los setenta, se llegó a confundir con un “moralismo” ambiguo, por un lado, y por otro con un cierto maniqueísmo que aún puede sentirse en muchos frentes. Sin embargo, son innegables las importantes aportaciones, tanto informativas como interpretativas, de pioneros como Raúl Cremoux, Miguel Angel Granados Chapa, Fátima Fernández Christlieb, entre otros. Era un tiempo de búsqueda, tanto de identidad como de utilidad.

Los investigadores formados en México —indica Raúl Fuentes (1989: 42-43)— tuvieron que asimilar, al mismo tiempo, las contrapuestas influencias norteamericanas (Lasswell, Schramm, Berlo, Rogers, etc.) europeas (Barthes, Enzersberger, Althusser, Eco, etc.) y latinoamericanas (Pasquali, Freire, Verón, Mattelart, etc.) y enfrentar la urgencia de respuestas comprometidas en lo político y social.

El CIESPAL mismo puede considerarse que entra en una nueva época a partir del seminario que organizó en Costa Rica, en 1973, en el que participaron “expertos” en investigación de la comunicación de varios países latinoamericanos. Por ejemplo, en el informe final del seminario se proponía como objetivo central de la investigación:

El análisis crítico del papel de la comunicación en todos los niveles de funcionamiento, en relación con la dominación interna de clase y la dominación externa y el estudio de nuevos canales, mensajes, situacio-

nes de comunicación, etc. que contribuyan al proceso de transformación social (*Lenguajes*, núm. 1, abril de 1974).

Como en el resto de las ciencias sociales, la búsqueda de la "pertinencia" del análisis a nuestra compleja realidad llegó a manifestarse en la pretensión de que se podrían generar o inventar una teoría, metodología, epistemología incluso, *totalmente "autóctonas"*, cosa que creemos por lo menos problemático de lograr (un ejemplo, en *ibid.*). Las mejores aportaciones latinoamericanas en la ciencia social, creemos, han sido el producto de síntesis creativas de elementos epistemológicos, teórico-metodológicos y aún técnicos, de diversa procedencia, con elementos generados localmente y hechos pertinentes con respecto a la realidad social concreta, sus procesos y mutaciones. El *enfoque* de la dependencia y el innovador acercamiento de Paulo Freire (1970) a la *Pedagogía del oprimido*, son dos buenos ejemplos de ello.

A fines de los sesenta y principios de los setenta ocurren diversos sucesos que influyen al pensamiento latinoamericano sobre comunicación, como el proceso chileno de toma democrática del poder por parte de la Unidad Popular (y el subsiguiente golpe militar), el golpe militar peruano y su proceso de nacionalización de los medios, el comienzo de las discusiones sobre políticas nacionales de comunicación en organismos internacionales como la UNESCO, y en México, el régimen echeverrista con su "apertura democrática" y cierto margen de crítica a los medios (en especial a la televisión).

EL "DESFILE DE MODAS"

Durante los setenta, además de las influencias ya existentes de los análisis de la Escuela de Frankfurt y del marxismo más en general, llegan (tardíamente) a Latinoamérica otras corrientes europeas de análisis social, especialmente el estructuralismo de origen lingüístico, con el desarrollo de la semiología e influencias a su vez del psicoanálisis, así como el marxismo estructuralista de Louis Althusser y seguidores. Las modas intelectuales europeas, llegando un poco tarde, comienzan a dictar las modas latinoamericanas, lo que con el tiempo se constituiría en un enorme escollo, pues todavía no se termina de explorar el potencial de una teoría o metodología, cuando

ya es “superada” por otra y a comenzar de nuevo. Estas últimas influencias mencionadas encontraron campo fértil en los estudios sobre comunicación. Son los tiempos de auge de lo que, un tanto despectivamente, llama Daniel Prieto (1983) el “teoricismo”, por el predominio del palabrerío inútil y la poca acción (por lo menos, investigativa, no se diga de otra índole). Son también los tiempos del “etiquetamiento” fácil, simplificador e incluso falseador en ocasiones: o se era “funcionalista”, o “estructuralista”, o “marxista”, nada más, ni nada intermedio. Incluso, un presupuesto de los tiempos era que se podía —*se debía*— ser “puro”, es decir, no “ecléctico”. Después seguiría el “redescubrimiento” de Gramsci, los análisis de cultura popular de inspiración gramsciana y la corriente francesa de análisis del discurso (esta última, “superando” a la semiología).

Hoy, la consigna parece ser la del desplazamiento de objeto, “de los medios a las mediaciones” (Fuenzalida 1984; Martín Serrano 1986; Martín Barbero 1987; Orozco 1989), enfoque que se presenta como “latinoamericano”, pero que tiene profundas y extensas raíces europeas, rastreables a todo el pensamiento dialéctico, desde los griegos. Como veremos adelante en este libro, el enfoque de las mediaciones es muy enriquecedor, pero nosotros postulamos que no se le puede entender —ni hacer útil— divorciándolo del desarrollo previo de la investigación social crítica latinoamericana. Este enfoque de mediaciones se enfatiza actualmente en la “investigación crítica de la recepción”, que también estamos tomando como “moda” los latinoamericanos, pero se olvida de aportaciones que nos vienen de los primeros decenios del presente siglo. Pensamos que es aplicable al caso latinoamericano la caracterización que hace el investigador crítico inglés, James Curran (1990), del “nuevo revisionismo”, del cual confiesa ser parte, y que se refleja en sus propias palabras “redescubriendo la rueda”, al ignorar contribuciones incluso de indagaciones empiristas norteamericanas, que tenían en cuenta ya desde los años treinta factores de mediación y de apropiación en los procesos de recepción de mensajes, que algunos de nuestros colegas actuales creen estar “descubriendo”. Con conocimiento sobre alguna de la literatura de investigación norteamericana, creemos, al igual que Curran, que muchas de las críticas actuales a la llamada *communication research* deben dirigirse más bien a los propios antecedentes de los acercamientos críticos, que pensaban los procesos de recepción

en términos de imposición unidireccional, monolítica y homogénea de una (y sólo una) “ideología dominante”.

Regresando al “desfile de modas”, debemos comentar que la importación con frecuencia acrítica de ciertos marcos analíticos externos —críticos o no—, se ha llegado a constituir en un “obstáculo epistemológico” importante, al suceder como una imposición de modas y no como una sucesión de debates racionales, que incluyesen la discusión crítica en el plano epistemológico e incluso a partir de la pertinencia real de tales marcos en relación con los procesos y fenómenos reales (es decir, en función de su relevancia *empírica* y en última instancia, *práctica*). Sin embargo, hay que reconocer el enriquecimiento *potencial* que la importación de tales marcos interpretativos provee a los científicos sociales latinoamericanos, en la medida en que se les apropie críticamente, en una dialéctica adopción/adaptación, que no olvide aportaciones anteriores por su “novedad”. La búsqueda de métodos y teorías ha estado a su vez íntimamente ligada a los cambios temáticos en la investigación latinoamericana de comunicación. Javier Esteinou (1984: 22) hace la siguiente descripción de algunas temáticas estudiadas en los últimos decenios:

...problemas sobre la estructura de poder de los medios, el flujo nacional e internacional de información, las condiciones sociales de producción de los discursos, la socialización de las conciencias por las industrias culturales, la democratización del sistema de información, la subordinación y dominación de las culturas nativas, la apertura de comunicación alternativa o popular, el impacto de las nuevas tecnologías de comunicación, la instauración de un nuevo orden mundial de la información, etcétera.

En este periodo [1965-1984], la investigación de la comunicación quiebra sus fronteras teórico-metodológicas tradicionales que analizan la comunicación desde sí misma, e inicia una gradual ruptura conceptual a partir de la lenta asimilación de los aportes de la economía, la historia, la antropología, la sociología, la ciencia política, el psicoanálisis, la lingüística, etcétera, que explican esta realidad desde una perspectiva más amplia.

En verdad, es mucho lo que hemos ganado con la apertura de nuevas áreas de investigación. Aunque algunas de ellas en su momento hayan sido adoptadas como simples modas, también han surgido a partir de los desarrollos históricos concretos en nuestra

vertiginosa cambiante realidad. Además, es mucho lo que nos hemos enriquecido con la integración y el establecimiento de nexos con las otras disciplinas que estudian lo social, como constataremos en el último capítulo.

Por cierto, durante los años setenta se continuó la influencia de la ciencia social norteamericana en ciertos centros de docencia y de investigación de América Latina y de México, aunque sin el predominio anterior. En lo que se refiere a los estudios de comunicación social, por ejemplo en las Universidades Iberoamericana y Anáhuac, en la ciudad de México, se enseñaba y se investigaba a partir del acercamiento empirista estadounidense. Esta concepción de la ciencia social evolucionó a través de las décadas a nivel teórico y metodológico, aunque el empirismo epistemológico la siguió caracterizando y, aún en este aspecto, no han permanecido estáticas sus concepciones. Sin embargo, la inmensa mayoría de sus críticos la siguió describiendo con los rasgos y presupuestos de los años cuarenta y cincuenta: un buen ejemplo de esto ha sido la "vigencia" a través de las décadas del setenta y del ochenta del artículo de Armand Mattelart (1976) sobre las "Críticas a la *communication research*", publicado por primera vez en 1970 en los *Cuadernos de la realidad nacional* y que ha sido de enorme influencia.⁶ En este sentido, paradójica y tristemente, lo que muchos de los críticos del "funcionalismo" han estado juzgando demoleatoriamente todos estos años, ha sido una caricatura, o un "mono de paja", demasiado fácil de destruir en la "crítica epistemológica", y no la ciencia social real de aquel país. Mencionamos esto, no para hacer una apología del empirismo estadounidense, sino porque finalmente es un hecho que el debate crítico entre enfoques reales, existentes y actuales (y no con "monos de paja"), es lo que podrá traer un enriquecimiento racional al quehacer científico social (Sánchez Ruiz 1985b). Por otra parte, en los setenta los estudios sobre difusión de innovaciones en el medio rural continuaron siendo impulsados. En México, esto ocurrió especialmente en el Colegio de Posgraduados de

6. Por cierto, más culpa es de quienes seguimos repitiendo a través de los años la descripción de Mattelart, como si fuese actual, en lugar de tratar de conocer los desarrollos concretos de las aproximaciones estadounidenses, que de Mattelart mismo, cuya descripción en todo caso no estaba tan alejada en el tiempo.

Chapingo⁷ y en el CENAPRO⁸ (Fuentes 1989: 38). En la actualidad, época de “aperturas” no solamente económicas, sino también —en principio— políticas, los estudios de opinión pública de índole cuantitativa, que tienen una tradición muy larga en Estados Unidos y en algunos países europeos como Inglaterra y Alemania, están apenas comenzando a constituirse en otra moda.

Las tensiones entre el compromiso político y el científico, durante los setenta y principios de los ochenta, llevaron a los investigadores mexicanos a tener que “tomar partido” dentro del “bando crítico” o del “bando empirista” (los “semiólogos” y “analistas del discurso” usualmente se alinearon del lado crítico, aunque hubo algunos pocos que permanecieron “independientes”). Raúl Fuentes (1989: 56) lo describe así:

...La polémica metodológica, con fuertes implicaciones políticas, establecida entre los investigadores mexicanos en los setenta, desvió y deformó el trabajo de investigación, se convirtió en un torneo de descalificaciones y adjetivos e implantó por un tiempo el maniqueísmo más feroz en el estudio de la comunicación.

Por cierto, una fuente de enriquecimiento para los estudios de la comunicación (y más en general para las ciencias sociales) en México, constituyó la inmigración de intelectuales sudamericanos exiliados en el país durante los setenta, la gran mayoría de los cuales regresaron a su país de origen durante la década de los ochenta. Fueron muchas sus aportaciones desde diversas universidades mexicanas, así como en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) y en el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTEM). Recurrimos nuevamente a Fuentes (1989: 49-50) para caracterizar el clima al final de los setenta:

Al terminar 1979, el panorama de la investigación sobre comunicación en México era muy distinto al del inicio de la década. La incorporación de investigadores mexicanos que habían cursado los posgrados en los Estados Unidos y en Europa, y de los estudiosos sudamericanos refugiados, contribuyeron [*sic*] a múltiples renovaciones teóricas, metodológi-

7. Centro de Docencia e Investigación en Agronomía.

8. Centro Nacional de Productividad, fideicomiso del gobierno federal que impulsó notablemente la investigación evaluativa de experiencias de desarrollo rural.

cas, temáticas y políticas que, si bien por una parte enriquecieron y diversificaron el incipiente trabajo de investigación comunicacional, por otra propiciaron apresuramientos, desarticulaciones, enfrentamientos y desviaciones, que quedaron de manifiesto en la coyuntura de los años siguientes, marcaron la trayectoria inicial de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), formada en 1979, y apenas ahora empiezan a resolverse.

CRISIS Y NUEVAS BÚSQUEDAS

Desde fines de los setenta hasta el decenio pasado, las ciencias sociales en Latinoamérica y en México han entrado en una nueva etapa de crisis y búsqueda. Los empiristas han descubierto que no basta con manejar instrumentos sofisticados de medición y análisis de datos; sus teorías, como la de la modernización por difusión, han aportado muy pocos elementos para entender los procesos de cambio social. El marxismo ha mostrado también diversos signos de agotamiento para explicar y guiar la acción sobre la sociedad capitalista en su fase transnacional y monopólica,⁹ de integración global de mercados, políticas y culturas. La "teoría de la dependencia", que por cierto en sus mejores exponentes como F. H. Cardoso y Theotonio Dos Santos, no era tan simplona y lineal como el acercamiento de André Gunder Frank, que fue el más difundido y criticado, mostró también signos de agotamiento, especialmente en relación con sus implicaciones prácticas y las posibilidades de cambio (Cardoso 1980). Las crisis mundiales (o la gran crisis que comenzó en los setenta, como se le quiera ver), de índole no sólo económica, sino también política y cultural-ideológica, han puesto en crisis a su vez a las ciencias sociales, que van siempre a la zaga del devenir histórico. Muchas de las grandes "certidumbres" teóricas se han derribado; las "purezas" epistemológicas y teóricas que los teóricos de los setenta daban por sentado que podían existir, sustentarse y desarrollarse, se mostraron esterilizantes para un debate racional, abierto y plural (Sánchez Ruiz

9. Por monopólica, entendemos una tendencia a la concentración y centralización de capital, y control casi monopólico de mercados a nivel de formaciones sociales y a nivel mundial.

1985b). En un simposio organizado en 1980 por el COMECOSO¹⁰ y la Universidad Veracruzana, que reunió a científicos sociales de diversas disciplinas y diferentes acercamientos teóricos, una constante de las ponencias sobre “estados de la cuestión” fue la caracterización de crisis en las disciplinas.¹¹ Comenzábamos los ochenta siguiendo el “signo de los tiempos”. En el volumen compilado por Fernández y Yépez (1984) sobre *Comunicación y teoría social*, en el que se discuten problemas epistemológicos, teóricos y metodológicos de los estudios de comunicación —solamente desde algún tipo de acercamiento “crítico”—, se nota la diversidad y la falta de integración, así como la búsqueda de identidad.

En los inicios de la década anterior al Tercer Milenio, seguimos en busca de la “gran síntesis” que nos permita comprender los procesos comunicacionales en su complejidad y multidimensionalidad. Pero creemos que la situación de crisis nos ha colocado en una posición de apertura al diálogo y de mayor búsqueda de integración teórica y metodológica:

Además de los problemas epistemológicos originados en la constitución científica del estudio de la comunicación, y de las fuertes implicaciones ideológicas, axiológicas y sociopolíticas, que concentraron la atención de los investigadores en los setenta, ha ido cobrando consenso entre ellos, en los últimos años, la necesidad de atender también las insuficiencias más prácticas de su tarea, como la competencia metodológica, la habilitación instrumental y el acceso a los recursos infraestructurales de la investigación. Este reconocimiento ha coincidido con el incremento de los espacios de diálogo y colaboración entre los investigadores nacionales y de muchos de ellos con sus colegas latinoamericanos (Fuentes 1989: 97).

Por otra parte, creemos que los investigadores mexicanos se han dado cuenta de que no todo en la ciencia es la “pura teoría”, entendida ésta como un elegante y autocontenido discurso, especialmente si aquella no se valida adecuadamente por la producción sistemática de datos empíricos. En este sentido, la “gran síntesis” mencionada

10. Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.

11. Veáanse las intervenciones de Bagú, Gortari, Blanco, Argüello, Reyna, Paoli, Calderón, Meyer y Urteaga, en Benítez y Silva (1984). La crisis en la investigación de comunicación en México la describen Fuentes (1988; 1989), Sánchez Ruiz (1988) y Fuentes y Sánchez (1989).

comienza a buscarse *no* por las respuestas automáticas que pueda producir, sino por los *problemas* de investigación concreta y posterior elaboración teórica que pueda generar. En la medida en que la situación crítica nos ha colocado en una encrucijada a nivel sustantivo, teórico, epistemológico y metodológico, comienza también a existir la posibilidad de síntesis creativas entre elementos que hasta hace poco se consideraban “irreconciliables”. Por ejemplo, el autoritarismo que hemos descrito un tanto de manera deshilvanada en la exposición, hacía que los intelectuales críticos postularan sus fundamentos *teóricos* como prácticamente incuestionables, fuente casi segura para alcanzar la verdad, mientras que los empiristas lo hacían con sus herramientas *metodológicas y técnicas*. No se contemplaba la posibilidad de relativas confluencias teóricas y metodológicas (a pesar de que, en la práctica, esto con frecuencia ocurría, pero era criticado como “eclecticismo” por los puristas epistemológicos). Hoy existe la posibilidad de establecer diálogos y discusiones que permitan eventualmente alcanzar síntesis creativas, como sucede ya en la práctica de muchos investigadores.

En seguida daremos cuenta de algunas dimensiones centrales de los dos paradigmas metodológicos que nosotros creemos han sido los hegemónicos durante los últimos veinte o treinta años, no solamente en la investigación de comunicación mexicana, sino en las ciencias sociales latinoamericanas, y discutiremos la posibilidad de encuentros y síntesis dialécticas entre ellos.

2

Los paradigmas hegemónicos en la investigación social*

En este capítulo analizamos los dos principales enfoques metodológicos que han influido en las ciencias sociales latinoamericanas y que, por lo tanto, han guiado también los estudios sobre medios de difusión en nuestro subcontinente. Lo hacemos construyendo dos “tipos ideales”, a partir de diversas caracterizaciones existentes, que consideramos contribuciones importantes al debate.

Partamos del hecho de que existen diversas “escuelas” en las ciencias sociales (Nun 1979: 121-166). Tales escuelas pueden caracterizarse como “paradigmas” en el sentido ya clásico de Thomas Kuhn (1970; 1977),¹ o de “tradiciones de investigación”, en el sentido de Laudan (1978:81):

Una tradición de investigación es un conjunto de presupuestos generales acerca de las entidades y procesos en un dominio de estudio, y acerca de los métodos apropiados a ser utilizados para investigar los problemas y construir las teorías en tal campo.

Una dimensión importante de las tradiciones de investigación, o paradigmas, es que surgen del trabajo de *comunidades científicas*

* Una primera versión de esta sección en Sánchez Ruiz (1985b): “El problema de la validación empírica en la sociología del desarrollo”. Aquí se retrabaja, se actualiza en lo posible, y se hace más pertinente al tema de la sociología de los medios.

1. Estamos conscientes de los múltiples sentidos que ha adoptado la noción de “paradigma”, pero no es nuestra intención entrar en profundidad a una discusión epistemológica. El contexto y lo que sigue aclararán el sentido en que usamos el término. En el próximo capítulo se aplica la noción con un poco de mayor rigor.

(Kuhn 1970), que los generan, mantienen y desarrollan en común a través de sus prácticas concretas, tanto investigativas como educativas. Pablo González Casanova (1977) propone una categorización del tipo "paradigmático" al referirse a los principales "estilos de investigación" en la sociología del desarrollo, identificando dos tipos ideales en términos de, por ejemplo, el *énfasis* puesto en la cuantificación o en el análisis cualitativo. Del cuadro comparativo mostrado por González Casanova (*ibid.*: 26) nos interesa resaltar aquí dos características, extremas y opuestas, que constituirían a las dos tradiciones investigativas en el plano metodológico, conjuntamente con el énfasis recién mencionado en lo cuantitativo/cualitativo: El *experimento* y la *praxis*, se postulan dentro de cada una de estas tradiciones de investigación como las formas ideales para la validación del conocimiento de lo social (*ibid.*: 26) El experimento y la praxis, en cada una de estas líneas de pensamiento, son entonces propuestas como las formas ideales de *verificación*, o *corroboración* (o de "falsación", si se adopta un enfoque popperiano) del conocimiento producido. Se trata, pues, de dos concepciones en principio diferentes y opuestas del proceso de investigación en la ciencia social, mismas que surgen de dos paradigmas o tradiciones investigativas que contienen por la "hegemonía" en el campo del conocimiento de lo social. Las llamamos aquí el enfoque empirista, por un lado, y el enfoque dialéctico por el otro.

Analizaremos enseguida algunas de las concepciones básicas de ambas tradiciones, en particular las que se refieren al rigor y la validez metodológica, ya sea con el énfasis empírico o praxeológico, teniendo en cuenta que, por razones de espacio, necesidades de exposición, etcétera, no hacemos sino una descripción muy breve y esquemática de ellas. Estas dos tradiciones o paradigmas, en primer lugar, no son las únicas, pero sí pensamos que han sido las más influyentes en las ciencias sociales contemporáneas; en segundo lugar, no es tan fácil encontrarlas en "estado puro" en la práctica real de la investigación. Sin embargo, las nociones metodológicas atribuidas aquí a cada una sí encuentran referentes reales en tal práctica social de producción de conocimiento. En la última sección hacemos una crítica a los dos enfoques metodológicos en su "estado puro" y concluimos con un llamado al mejor entendimiento de ambos, dentro

de lo que denominamos una apropiación dialéctica o síntesis creativa.²

EL EMPIRISMO

El paradigma empirista toma su ideal metodológico de un *cierto entendimiento* de las operaciones metodológicas de las ciencias naturales —a las que suelen llamar “ciencias exactas”—, en particular de la física. Este enfoque, del que Duval (1978: 59) indica que “se distingue por un compromiso hacia criterios de medición precisa”, intenta encontrar su validez científica siguiendo la máxima atribuida a Lord Kelvin: “Cuando no lo puedas expresar con números, tu conocimiento es de una clase mezquina e insatisfactoria” (citado por Kuhn 1977: 178). Se intenta, además, reproducir el riguroso control de variables de las llamadas ciencias exactas, ya sea experimentalmente, o midiéndolas lo mejor posible y manipulándolas en el análisis estadístico. Ante la imposibilidad de realizar diseños de investigación experimentales en la mayor parte de las indagaciones de las ciencias sociales, se han propuesto y desarrollado una serie de ingeniosos diseños cuasi-experimentales (Campbell y Stanley 1966; Cook y Campbell 1979), algunos de los cuales incluso se han propuesto, por ejemplo, para probar la llamada “teoría de la dependencia” (Jackson *et al.* 1979). Un aspecto constructivo de estos diseños cuasi-experimentales de investigación es la constante búsqueda de “amenazas” a la validez en diversos aspectos, niveles y grados (las llamadas “variables extrañas” y otras), con la finalidad de buscar modos de contrarrestarlas.³ Esto implica *rigor técnico-metodológico*.

La epistemología subyacente al empirismo es la del positivismo lógico (o empirismo lógico). Para sus exponentes, el proceso de investigación se compone básicamente de dos momentos: el llamado “contexto del descubrimiento”, en el que surgen las preguntas e hipótesis

2. Un análisis similar a éste, realizado desde un punto de vista diferente, es el de Mora y Araujo (1982). Para la investigación en comunicación, véase Contreras (1983; 1984).
3. “Usaremos los conceptos de *validez* e *invalidéz* para referirnos a la mejor aproximación disponible a la verdad o falsedad de proposiciones, incluyendo proposiciones sobre causalidad” (Cook y Campbell 1979; 37).

de investigación, y el “contexto de la justificación”, que consiste en el proceso de poner a prueba las hipótesis y construir teorías (cfr. Hacking 1981: 1-5). El primer momento, según los empiristas lógicos, no puede ser reducido a la lógica ni a la metodología, pues contiene demasiados elementos subjetivos, irracionales y aleatorios (por lo tanto, no puede existir según el neopositivismo una “lógica del descubrimiento”). Lo que realmente importa como base para una metodología científica rigurosa es el contexto y la “lógica de la justificación”, es decir, el procedimiento básico de *verificación* (o, como propuso Karl Popper, “falsación”) de hipótesis.

El criterio empirista básico de aceptación de las hipótesis y teorías estriba en su “contenido empírico”, y en su poder predictivo (Kerlinger 1973: 9-10). Esta posición equipara, en consecuencia, predicción con explicación. Por otro lado, un requisito, casi ritual, importante para la aceptación de hipótesis explicativas, postuladas cuantitativamente, es que éstas “pasen” la prueba de la significación estadística —que por cierto, *no necesariamente significa, ni garantiza significación teórica o práctica* (Atkins y Jarrett 1979)—. Un rasgo importante adicional de esta tradición consiste en que, aun cuando hoy día la mayoría de los investigadores reconocen la inevitabilidad de que sus propias orientaciones axiológicas sesguen sus elaboraciones teóricas, la selección de problemas por investigar, etcétera, se supone que la propia metodología es a-valoral: que la medición precisa, la cuantificación, la manipulación y el control estadístico o experimental, permiten al investigador social “alejarse” valorativamente de los fenómenos y procesos estudiados y, por consiguiente, lograr una mayor objetividad. La búsqueda de esta última es perennemente acompañada por la demanda de validez y confiabilidad de las técnicas de medición. De nuevo, el valor científico principal que orienta a esta metodología es el *rigor*, especialmente el de tipo metodológico-técnico. Las técnicas de investigación —usualmente llamadas “métodos” por los empiristas—, parecen constituir la principal, cuando no la única, garantía de “cientificidad” (*i.e.*, objetividad) de la práctica social de producción de conocimiento de los investigadores: “La metodología, en lugar de ser considerada como un artificio heurístico que informa a la teoría valoral, viene a ser un sustituto de los valores como tales” (Horowitz 1968: 44).

En suma, esta tradición investigativa, a la que por ejemplo pertenecen los estudios del desarrollo nacional en términos del proceso de “modernización” y de la difusión —que han incluido a los medios como una variable fundamental—, alardea más que de una validez teórica explicativa, de la validez empírica basada en el rigor de sus técnicas y procedimientos de investigación. Este es un valor fundamental del enfoque, mismo que a veces ha sido olvidado o minimizado por otras aproximaciones a la ciencia social. Aclaremos que el empirista no necesariamente rechaza el trabajo conceptual, la teoría y las hipótesis, sino que privilegia con particular énfasis la evidencia empírica, en especial aquella cuantificable, como el componente “duro” de su producción y por consiguiente los conceptos y la teoría son para este enfoque importantes, pero secundarios.

EL ENFOQUE DIALÉCTICO

Es un tanto difícil describir en unos pocos párrafos el otro paradigma o “estilo” de investigación, debido a una mayor complejidad en las concepciones de base y al problema de discontinuidades, rupturas y ortodoxias paralizantes por las que ha pasado desde su formulación por Karl Marx en el siglo XIX a partir de su crítica de la dialéctica de Hegel (Schmidt 1981).⁴ Consideramos que es en el método dialéctico: estructural, histórico y crítico, donde radica la aportación más importante de esta tradición investigativa. Pero “método”, dentro de esta tradición, no significa solamente “técnica”, ni meramente “procedimiento” más o menos general de indagación científica, sino un conjunto de principios, presupuestos y patrones de razonamiento, mediante los cuales el científico liga la teoría, los conceptos y los datos de la experiencia. Consideramos aquí que, para el dialéctico, la noción de método ocupa un campo semántico más amplio que para el empirista: como un modo general de aproximación a la realidad para explicarla —y en última instancia cambiarla—. El método dialéctico, como veremos en el siguiente capítulo, comprendería también una “lógica del descubrimiento”, en el sentido de que no hay descubrimiento —científico o no— que no parta de alguna materia prima

4. En el siguiente capítulo hacemos una caracterización más pormenorizada del paradigma.

conceptual preexistente, más o menos sistemática; o quizá **más** correctamente, una “lógica de la construcción”, en la medida en que los objetos de la ciencia social se “descubren” construyéndolos conceptualmente, en la constante interacción entre la materia prima del pensamiento —directrices teórico-metodológicas, por ejemplo— y la producción de los datos empíricos pertinentes. Esto último apunta hacia la necesidad, también en este enfoque, de *rigor* no solamente teórico, sino también metodológico-técnico; por lo tanto, de una lógica de la justificación: la re-construcción de los procedimientos básicos de contrastación de hipótesis con los datos producidos.

Dentro de la interpretación de quien esto escribe del método dialéctico, no estarían excluidas de éste, ni la lógica de la justificación, ni el momento empírico (o de la evidencia histórica, o concreta, para usar retórica común), ni tampoco la cuantificación. Si insistiéramos, como Althusser —quien se consideraba a sí mismo “materialista”— y algunos de sus seguidores, en que la teoría no se comprueba empíricamente, sino que “se demuestra” como en las matemáticas, caeríamos en una especie de idealismo muy lejano de las concepciones básicas del enfoque dialéctico (Thompson 1978; Vilar 1973; Sasso 1970). Simplemente, dentro de esta tradición, no se postulan como muestra *casi única* de científicidad y objetividad la técnica, la medición y la cuantificación, sino en todo caso éstas en su relación *pertinente* con la teoría y la práctica.

Un ejemplo de esta concepción más comprensiva de la metodología en la ciencia social es la siguiente cita de Fernando Henrique Cardoso, en la que explica algunas dimensiones que configuran su metodología como histórica y estructural.

Un presupuesto básico es el de que el análisis de la vida social es fructífero sólo si parte de la presuposición de que existen estructuras globales *relativamente* estables. Sin embargo, tales estructuras pueden ser concebidas y analizadas de formas diferentes.

Para nosotros es necesario reconocer desde el principio que las estructuras sociales son el producto de la conducta colectiva del hombre. Por lo tanto, aun cuando sean perdurables, las estructuras sociales pueden ser, y de hecho son, transformadas continuamente por los movimientos sociales. Consecuentemente, nuestra aproximación es a la vez estructural e histórica: Esta enfatiza no sólo el condicionamiento estructural de la vida social, sino también la transformación histórica de las estructuras por el conflicto, movimientos sociales y la lucha de clases. Enton-

ces, nuestra metodología es histórico-estructural (Cardoso y Faletto 1979: X).

Es decir, un rasgo importante que define al método son los *presupuestos básicos* —ontológicos, epistemológicos—, que constituyen una lógica del descubrimiento y de la construcción poderosa. El método, pues, está estrecha y profundamente entrelazado con los otros elementos de una “matriz disciplinaria”, a través de la cual los científicos, siguiendo un paradigma en común, intentan resolver los problemas cognoscitivos que surgen de su enfrentamiento profesional con la compleja realidad (Kuhn 1970; Laudan 1978). Hay un cierto consenso entre quienes siguen este método en la necesidad de producir, mediante el trabajo de abstracción, los conceptos que se refieren a lo concreto y múltiple (*ibid.*; Marx 1974: 258), lo que se puede resumir en la aserción de Ferdinand de Saussure (1975: 49) sobre que “es el punto de vista el que crea el objeto”. Pero ésto no se refiere al objeto *real*, sino al objeto de estudio (al modelo que se genera, mismo que se espera corresponda en sus rasgos fundamentales pertinentes, en algún grado, a tal “objeto real”). Tampoco significa esto tomar una posición epistemológica idealista, sino describir una estrategia racional normal que los científicos más productivos han seguido (una “lógica de la construcción”).

Son para este enfoque los *problemas*, producidos a partir de un marco conceptual determinado —pero a la vez cambiante— los que determinan los procedimientos y técnicas de observación y análisis de datos y no viceversa. En este punto habría que recordar que el énfasis en el análisis cualitativo que González Casanova (1977) atribuye a su tipo ideal de esta tradición investigativa no es sino eso, simple *énfasis*, lo que no necesariamente excluye el uso de la cuantificación.⁵ En este sentido, por ejemplo, no estamos completamente de acuerdo con la crítica que hacen Cardoso y Faletto (1979: XII) a quienes han intentado medir “grados de dependencia”, no porque creamos que se *deba* o se pueda medir la dependencia en todas sus dimensiones, sino porque se pueden lograr algunas precisiones comparativas, *cuando se pueda efectivamente cuantificar*. La medición y la cuantificación ayudarían a determinar grados de “dependencia”, por otra parte, *siempre y cuando se parta de un acuerdo conceptual*

5. Como el mismo autor apunta en otro lado (González Casanova 1979: 212-213).

con la aproximación productora de los conceptos y no, por ejemplo, de una caricatura de la misma; como ha solido pasar, en particular en algunos estudios estadounidenses que han intentado “probar empíricamente” la “teoría de la dependencia”, que finalmente como describimos más adelante no es una “teoría” propiamente, sino en todo caso un enfoque teórico metodológico, por lo menos en sus formulaciones más fructíferas (cfr. Jackson *et al.* 1979; Duval 1978; Fagen 1978). En el capítulo anterior hemos manifestado nuestra opinión sobre la “crítica a los monos de paja”.

Mencionaremos una última característica de esta tradición investigativa, que la diferencia de la “asepsia” valoral del empirismo. Lo “histórico” del enfoque dialéctico es también fuente importante para que éste sea una aproximación eminentemente crítica. La historicidad desde este enfoque, y esta es su dimensión principal, considera a todas las formas de organización social y modos de producción (si se es coherente, incluyendo el aún no existente modo de producción comunista) como transitorios, en constante movimiento y cambio. El historicismo dialéctico,⁶ entonces, no sólo representa una mirada al pasado y al presente, sino también a las posibilidades para el futuro. De ahí su naturaleza crítica, como veremos adelante.

Nos hemos extendido un poco en la descripción de estos dos paradigmas o “estilos de investigación”, ahora veamos algunos otros puntos de comparación y lleguemos a una conclusión provisional.

DE SÍNTESIS CREATIVAS Y APROPIACIONES DIALÉCTICAS (O PARA DOS MANIQUEOS, UN TUERTO)

Dentro de las ciencias sociales en general, pero en particular en las que se ocupan de los procesos de desarrollo y del cambio social, es imposible sustraerse de tomar una posición valorativa y política. Sin embargo, creemos que no es imposible acercarse a algún grado de “objetividad” y de rigor, que entre otras dimensiones incluiría un componente de validez empírica (Lowy 1982). Pero la objetividad, según hemos visto, no es función *solamente* de la validación empírica y del dato cuantitativo, sino también de la complejidad de los modelos

6. Que no significa “profetismo”, como insiste Popper (1960).

de la realidad y de los diseños y estrategias de investigación, finalmente de naturaleza cualitativa. Por lo tanto, el empirismo un tanto burdo y quizá simplificado —pero finalmente no tan irreal— que hemos expuesto, no parece suministrar la garantía que promete. Jean Piaget (1976: 91) ha caracterizado al empirismo en ciencias sociales como implicando:

...una interpretación particular de la experiencia, tanto de la del científico como de la del sujeto humano en general (objeto de estudios psicológicos y sociológicos), reduciendo esta experiencia a un *simple registro de datos observables* en lugar de ver en ella, como otras epistemologías, una estructuración activa de los objetos, dependiente siempre de las acciones del sujeto y de sus intentos de interpretación (énfasis añadido).

Para el empirista, pues, el llamado “vector epistemológico” va fundamentalmente de lo real-medido a la construcción racional, del registro de datos observables a la estructuración teórica del objeto. Es decir, con una lógica fundamentalmente inductiva. Este afán por “comenzar midiendo” corre el riesgo de producir una “inhibición metodológica”, como la que C. Wright Mills (1974: 69) denunciaba en los años cincuenta: “...una pronunciada tendencia a confundir lo que se quiere estudiar con la serie de métodos sugeridos para su estudio”. O como apunta Theodor Adorno (1978: 242), “el método amenaza a la vez hacer un fetiche de su objeto y degenerar él mismo en fetiche”. Ahora bien, el afán de medir viene porque se supone que en las ciencias naturales —modelo ideal de LA ciencia para los positivistas— los investigadores operan con mediciones de una alta precisión. Podríamos preguntarle sobre el estatus de la medición en la física a alguien que es físico por formación, historiador de la ciencia por interés y filósofo de la ciencia por “accidente”, Thomas Kuhn (1977: 219):

El camino de la ley científica a la medición científica raramente puede viajarse en la dirección contraria. Para descubrir regularidades cuantitativas uno debe normalmente saber qué regularidad busca y sus instrumentos deben diseñarse acordemente; aun entonces la naturaleza puede no producir resultados consistentes o generalizables sin una lucha (énfasis original).

En el mismo texto, Kuhn presenta una serie de ejemplos históricos demostrando efectivamente que, por un lado, la medición precisa

es un sello distintivo de la física, pero también que “muchas investigaciones cualitativas, empíricas y teóricas, es normalmente un prerrequisito para la cuantificación fructífera en un campo de investigación dado” (*ibid.*: 213). Entonces, indica este autor que:

En la ausencia de tal trabajo previo, la directiva metodológica “anda y mide” puede muy bien probar ser solamente una invitación a perder el tiempo. Si permanecen dudas acerca de este punto, se deberían resolver rápidamente por una revisión breve del papel jugado por las técnicas cuantitativas en las varias ciencias físicas (*ibid.*: 219).

No es suficiente, entonces, poseer y perfeccionar los instrumentos de medición, la precisión tecnológica, sin construcciones racionales previas, simultáneas y posteriores. Pero tampoco es suficiente, en el extremo opuesto, una teoría “auto-contenida” y acabada, y menos el *sólo compromiso con la transformación social*, como apunta Eduardo Contreras (1984: 20-21):

Respecto a la propia enseñanza a nivel superior para la investigación, no debe confundirse la investigación-acción y/o participativa, con una desvirtuación de lo que es investigar, es decir, indagación sistemática a través de métodos y técnicas determinados, con todas las normas de rigor para obtener confiabilidad y validez de datos y resultados. Particularmente riesgoso es confundir una actitud de investigador aplicado y comprometido con lo popular, con actitudes de voluntarismo o de facilismo, o con certidumbres ideológicas que se disfrazan de lenguaje científico. Seguimos hablando de investigación y no hay salidas fáciles ni coartadas frente a las exigencias de lo científico.

Al paso del tiempo, cada vez más investigadores llegan a la conclusión de que no es necesario dejar de sostener una posición política determinada, para sin embargo, tratar de minimizar los sesgos ideológicos intentando ejercer un cierto rigor en el proceso de investigación. Así, por ejemplo, José Marques de Melo (1991: 9) escribe recientemente:

Es preciso revisar, en el caso latinoamericano, las experiencias de investigación denuncia, investigación-acción, investigación-participante, entendiéndolas como alternativas marcadas por la coyuntura de resistencia al autoritarismo de los años 70 y 80, pero que se desgastaron por las distorsiones metodológicas emprendidas por investigadores convertidos ingenuamente en misioneros de causas nobles, volviéndose

cómplices de un desvirtuamiento de la actividad científica. Por eso mismo, perdieron la credibilidad y dejaron de contribuir, como científicos, a la construcción de un nuevo orden de la comunicación.

De nuevo, para lograr contribuir a la transformación social no basta el compromiso voluntarista y el disfraz de "científico", sino el conocimiento lo más amplio y profundo, teórico-empírico, de esa realidad social que se desearía transformar. Posteriormente retomamos este hilo.

Siendo la *razón* la principal característica y actividad humana que opera cuando se realiza investigación científica, el "vector epistemológico" va necesariamente de lo racional a lo real.⁷ Pero, entonces, cabría preguntarse qué garantiza la adecuación de la teoría con los fenómenos y procesos estudiados. Desde luego, la respuesta tiene que apuntar a *los datos* disponibles, sean de naturaleza cuantitativa o cualitativa, aunque hay que hacer la precisión de que, de acuerdo con la consideración anterior, los datos no simplemente se recolectan, sino se *producen* (cfr. Irvine *et al.* 1979: 1-3). Por ejemplo, el uso de un cuestionario supone una teoría —o grupo de teorías e hipótesis— que lo in-forman y lo producen, y una teoría —así sea en forma de meros presupuestos— de los sujetos entrevistados como personas que contestan preguntas (sin engaño, o con engaño en ciertas condiciones, etcétera), y toda una teoría estadístico-metodológica de la validez y la confiabilidad, entretrejida con las anteriores (Kerlinger 1973: 442; Selltiz 1976: 159). Si empleamos, por ejemplo, estadística paramétrica en el análisis, necesariamente *aceptamos sus presupuestos*, que son bien definidos para cada tipo de dato, distribución, etcétera, a fin de hacer verdaderamente válido el uso de cualquier prueba estadística.⁸ De otra forma, la aplicación de las técnicas de análisis estadísti-

7. De hecho, en la investigación real de lo complejo tal "vector" viaja en ambas direcciones y constantemente, aunque no negamos la primacía —en un sentido genético— del polo racional.
8. Por ejemplo, el presupuesto de que la variable dependiente está distribuida normalmente en la población; cuando dos o más poblaciones son comparadas utilizando, digamos, el análisis de varianza mediante muestras, se presupone que hay homogeneidad de varianzas de la variable dependiente en las poblaciones, etcétera. A pesar de que hay pruebas estadísticas que son más "robustas" que otras, es decir, que son más flexibles en cuanto al tipo de escala de los datos a los que se aplican, ninguna técnica es "mágica", ni su uso indiscriminado significa necesariamente "cientificidad" de manera automática.

co no sirve sino en todo caso de simple “ritual” para legitimar como científico algo que entonces es un *engaño*. Es decir, debemos en todo caso aceptar *las teorías* que informan a estas poderosas (cuando adecuadas) técnicas de investigación y esperar que tales presupuestos sean características de la población sobre la que estamos *tratando de inferir algo* y a la que usualmente no conocemos. Entonces, los instrumentos observacionales y analíticos deben necesariamente ser reconocidos como “teorías materializadas” (Bachelard 1968), y no deberíamos descartar la posibilidad de que la evidencia contraria a nuestras hipótesis pudiera más bien estar falsando los presupuestos subyacentes a los instrumentos de investigación. Si los datos son de naturaleza cuantitativa y *responden a los presupuestos* de las técnicas estadísticas más usuales y poderosas, se puede —de hecho, se debe— hacer uso de ellas, siempre y cuando no se simplifique demasiado la realidad, o por otro lado se tengan presentes en el análisis posterior las simplificaciones introducidas y entonces se opere por “concretizaciones” o “aproximaciones sucesivas” (Sweezy 1970: 11-20). Porque, de nuevo, la realidad sólo se “lee” a través de un marco:

...esta estructuración activa de lo real es inherente a toda investigación experimental, lo mismo física o biológica que sociológica, pues no hay lectura de la experiencia, por precisa que sea, sin un marco lógico-matemático; y *cuanto más rico sea el marco, más objetiva será la lectura* (Piaget 1976: 71; énfasis añadido).

Las informaciones históricas, etnográficas, biográficas, etcétera, no cuantificables, se pueden, entonces, combinar con los datos cuantitativos dentro de un marco complejo. En última instancia, tales datos de índole fundamentalmente cualitativa pueden en ocasiones constituir evidencias tan sólidas como ciertas informaciones cuantitativas machacadas por las técnicas estadísticas más sofisticadas, o incluso más sólidas que ellas. Son los problemas los que deben dictar el tipo de datos necesarios. Es decir, el que los datos sean cuantitativos o cualitativos no es criterio tan importante de la científicidad de la práctica que los produce:

La oposición del análisis cuantitativo y cualitativo no es absoluta. (...) Es bien sabido que, para cuantificar, uno tiene siempre que comenzar por ignorar diferencias cualitativas entre los varios elementos; y cada fenómeno social individual lleva en sí mismo los determinismos genera-

les a los que las generalizaciones cuantitativas se aplican. Pero las categorías de las últimas son desde luego cualitativas ellas mismas. Un método que falla en hacer justicia a esto y que, por ejemplo, rechaza el análisis cualitativo como incompatible con la naturaleza de lo colectivo, hace violencia a su materia (Adorno 1978: 246).

En todo caso, un gran problema de que adolecen muchos estudios cualitativos es que no se preocupan por aplicar algún grado de *rigor*, más o menos intersubjetivamente mostrable; por ejemplo en términos de establecer formas de “calcular” algún nivel de confiabilidad y de validez en sus formas de observación y registro (cfr. Høijer 1990). Para nada dudamos de la honestidad de muchos de nuestros colegas que realizan indagaciones fundamentalmente cualitativas, pero en la medida en que no se intente aplicar ciertos controles, siempre estará presente el “fantasma” de la subjetividad y la ideología forzando el dato hacia moldes ya prefigurados.

Por otra parte, habría que anotar que los dos modos ideales de validación del conocimiento, el experimento y la praxis, muy raramente se logran realizar *ambos* en la práctica real de los investigadores. Por un lado, nos parece que la tradición estadounidense de los diseños cuasi-experimentales de investigación, por su búsqueda de la eliminación de los factores que obstaculizan diversos niveles de validez, es muy útil cuando es factible utilizarlos y responde a modelos teóricos y presupuestos adecuados (Campbell y Stanley 1966; Cook y Campbell 1979). La misma búsqueda sistemática de “amenazas” a la validez resulta un recurso de *honestidad intelectual* y rigor metodológico nada despreciables. De igual manera tales diseños se pueden convertir en obstáculos importantes cuando, de simples ayudas tecnológicas, se pretenden constituir en guías metodológicas rígidas. Mientras más amplia sea la escala de la investigación y mayor el número de variables y factores mediadores que participan en la determinación de los fenómenos y procesos a estudiar, más difícil se hace el uso de tales tipos de diseño de investigación.

Con respecto a la praxis, nos parece más problemático —aunque no imposible— el que se logre una adecuación perfecta entre la teoría y la práctica, tal es el caso de la investigación social y de la acción política. Un ejemplo de esto es la investigación-acción latinoamericana, la cual ha mostrado diversos niveles de rigor investigativo y de

efectividad práctica, aunque como hemos indicado antes, en ocasiones se ha desvirtuado el proceso de investigación más o menos *científica*, en aras del voluntarismo político ingenuo (cfr. Contreras 1984; Orozco 1989b). El problema general más frecuente de la exigencia praxeológica, como lo denuncia Eliseo Verón (1974a: 89), es que usualmente el resultado tiende a ser “mala ciencia (o ninguna) y mala política”. Esta es una tensión casi “esencial” de las ciencias sociales, que se manifiesta aún más entre quienes trabajan directamente con las clases populares. Pero es conveniente considerarla más como reto que como problema insoluble (Contreras 1984). Aun entre marxistas ortodoxos, se suele reconocer, por ejemplo, la necesidad de una división *técnica* del trabajo. Tomada desde esta perspectiva, la praxis adquiere una dimensión social e histórica, y no meramente individual. Creemos que este tipo de praxis está implícita en la siguiente concepción de Rodolfo Stavenhagen (1976: 26):

En cierto nivel de generalidad, las teorías sobre estructura social y dinámica de las fuerzas sociales no pueden ser sometidas a prueba en el sentido inmediato; permanecerán o se derrumbarán sólo en la perspectiva histórica. (...) A la larga, cualquier teoría de la sociedad, y particularmente del cambio social, será estimada por su utilidad como instrumento de acción *en manos de grupos sociales organizados* (énfasis añadido).

Y aún así, hay grupos y clases sociales que no han tenido la oportunidad histórica de organizarse para intentar “probar” praxeológicamente ciertas teorías sociales. Los dos enfoques que tomamos como pretexto para el análisis tienen todavía que probar su adecuación histórica y utilidad práctica.

Una conclusión provisional es que no existen, entonces, ni recetas fáciles, ni “fórmulas mágicas”, ni algoritmos para producir verdades absolutas o “reflejos” de la realidad en la ciencia social (cfr. Schaff 1974). Después de todo, ¡los científicos son solamente seres humanos! Hace una década o dos podíamos erigirnos como “semidioses”, portadores de verdades absolutas, distintas y ciertas. Hoy, nuestra única certeza es que ignoramos demasiado y que la piedra filosofal, la llave del conocimiento total, nunca se nos revelará. Esto constituye el reto y mejor es tomarlo. Si uno cree, por una parte, que la tarea es demasiado complicada y difícil, mejor cambiar de oficio; por otra parte, si uno considera, que “ya se dijo todo” o que en realidad

sí existe tal algoritmo para llegar a la verdad, creemos que también equivocó la profesión (hay religiones urgidas de predicadores). La resolución a problemas como el de la validación del conocimiento en ciencias sociales, entonces, sólo se puede lograr *relativamente y a través de un trabajo productivo y constante*. Esto implica, de partida, una *amplia* preparación teórica y metodológica y una gran apertura de mente por parte del investigador social, junto con una saludable visión crítica hacia la sociedad y la ciencia social misma. Es necesario realizar un considerable trabajo de vigilancia epistemológica, bastante de reflexión teórica, mucho de producción de datos cuantitativos o cualitativos (es decir, investigación concreta); trabajo de pensamiento: análisis, síntesis, deducción, inducción, abducción, “transducción”, en suma, una labor de abstracción y concretizaciones sucesivas, de constante ida y vuelta: es decir, hay que realizar mucha “artesanía intelectual” (Mills 1974: 206-236). Finalmente, ni el paradigma empirista ni el crítico están irreconciliablemente divorciados. En la medida en que el autoritarismo antes predominante ya no es un impedimento para caer en ciertas “impurezas” de eclecticismo, surgen probabilidades de producir síntesis creativas.

Tal parece que estamos proponiendo una serie de “soluciones voluntaristas” a lo que en principio parecerían ser problemas de naturaleza eminentemente técnica. Pero, de nuevo, estamos hablando de una *actividad humana*, de producción social de conocimientos, y los científicos no son “máquinas para producir verdades”. Por esta razón, un componente importante que debería incluir el entrenamiento metodológico es una cierta dosis de modestia y humildad, a la que contribuiría un poco de “falsacionismo” popperiano.⁹

Por último, no es conveniente menospreciar o ignorar las armas del (supuesto o real) contrincante, o simplemente del “otro”. Si bien ha sido clara la posición de mayor simpatía de quien esto escribe hacia el enfoque dialéctico en la ciencia social, también esperamos que haya sido clara la convicción de que el empirista no es ni un ciego ni un

9. Ya sea “ingenuo” o “sofisticado”, de acuerdo con la tipología de Imre Lakatos (1980: 31-47) de falsacionismos. Recordemos que la metodología de Popper busca, más que verificar hipótesis, mostrarlas falsas (“falsarlas”), tanto mediante el análisis lógico de sus premisas como mediante la contrastación empírica. De hecho, el falsacionismo es un “reto” a poner en riesgo nuestras hipótesis y teorías, lo que con frecuencia no nos permiten nuestras certezas de orden ideológico.

tonto. En todo caso, es mejor conocer lo más profundamente posible lo que se critica, porque pensamos que la superación dialéctica, apropiadora y enriquecedora, en el plano del pensamiento, solamente ocurre cuando se supera lo que se niega o critica, rescatando en síntesis creativa lo recuperable en ello. La simple negación *a priori* de lo que en ocasiones ni se conoce ni se comprende, no es crítica dialéctica, sino mero maniqueísmo dogmático.

3

Apuntes sobre una metodología histórico-estructural (con énfasis en el análisis de medios de difusión)*

Pobres dialectas que se asustan con la dialéctica. Porque piensan que los conceptos son "verdades inmutables", esencias siempre presentes en el vacío de la falta de imaginación, no perciben que los conceptos tienen un movimiento, una historia, y un alcance teórico-práctico limitado.

Cardoso 1972: 12

MÉTODO, PARADIGMA, TRADICIÓN DE INVESTIGACIÓN

Desde un punto de vista general y como primera aproximación, por método entendemos un conjunto de principios, presupuestos y patrones básicos de razonamiento, mediante los cuales el científico liga la teoría, los conceptos y los datos de la experiencia, y no meramente como una serie de procedimientos estandarizados o de técnicas pre-determinadas y universales (Suppe 1977: 864; Blaug 1982: XI). Para

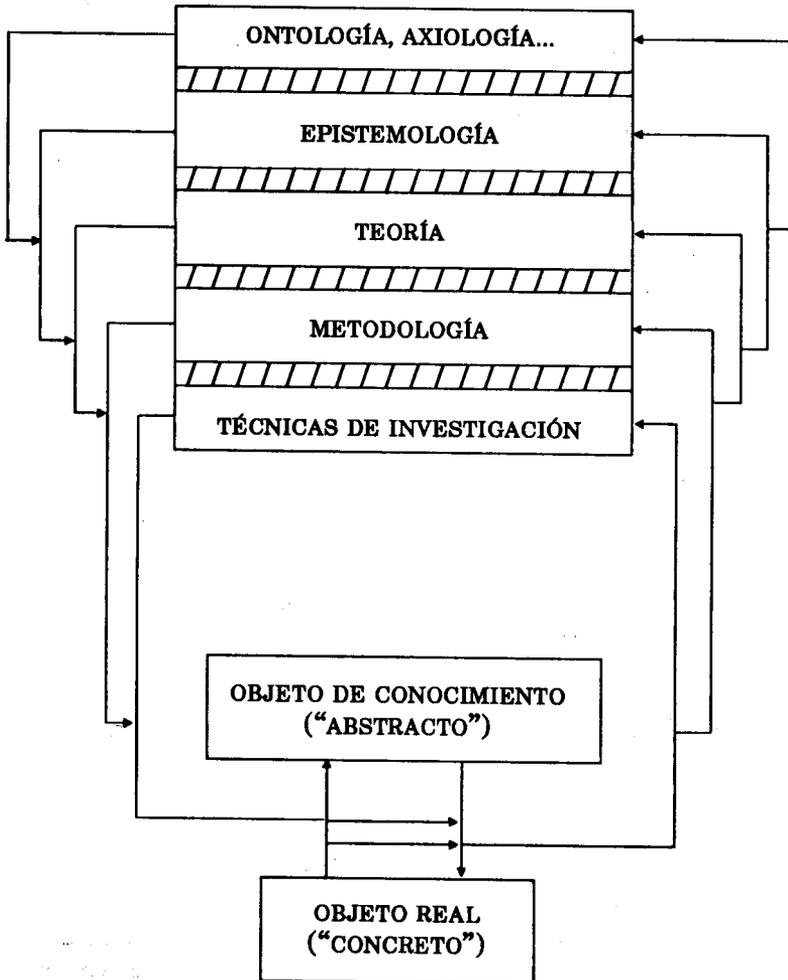
* Una primera versión de este capítulo se publicó en *Comunicación y Sociedad*, núm. 10-11, 1990-1991. Aquí se ha desarrollado aún más, especialmente en su última parte.

investigar lo concreto, escogemos, producimos o empleamos, entonces, un marco metodológico determinado, no porque lo consideremos una suerte de algoritmo para producir verdades, sino porque demuestra su utilidad —en la práctica concreta de investigación, y por sobre otros que también pueden tener *algún* grado de utilidad—, para generar *preguntas e hipótesis significantes* sobre fenómenos y procesos *complejos*, como las relaciones sociales, el cambio social, etcétera; pero también para producir o adoptar/adaptar procedimientos e instrumentos —técnicas— *relevantes* para intentar contestar las preguntas o sostener la verosimilitud de las hipótesis.

El método se considera como parte de un marco más amplio, porque, “si la metodología presupone un método, la primera siendo la expresión explícita del segundo, el método presupone a la teoría —ontológica, axiológica, epistemológica—” (Markovic 1979: 5). Hablamos, pues, de una “jerarquía epistémica” (que se representa en el esquema 1). En la práctica social y cotidiana de investigación, cualquier científico, incluyendo el científico social, pone en operación una serie de técnicas para producir, analizar e interpretar datos, que a su vez tienen alguna relación *más o menos* explícita y *más o menos* “orgánica” con procedimientos *más o menos* socialmente aceptados por la comunidad científica a la que aquel pertenece y en el seno de la cual se ha socializado profesionalmente. Dichos procedimientos, a su vez, tienen *algún* grado de congruencia con elaboraciones teóricas sistemáticas y con una serie de principios básicos y patrones de razonamiento, así como de presupuestos sobre cómo es la realidad y cómo es posible conocerla, y con un cierto marco de valores, con frecuencia implícitos más que explícitos. Creo importante recordar que esta “jerarquía epistémica” nunca es *totalmente* consciente, ni totalmente sistemática y explícita. Las *relaciones lógicas* entre los diversos niveles de la jerarquía epistémica, nunca son en la práctica concreta lo elegantemente integradas (ni son totalmente “lógicas”) según consideraban los empiristas lógicos, tal como un distinguido representante de esta corriente llegó a reconocer hace ya algún tiempo (Hempel 1977). Pero que los diversos componentes de tal jerarquía, no estén tan lógicamente interconectados como se pensaba, y el que no sean tan conscientes y sistemáticas sus vinculaciones, no significa que no operen *de hecho*, en alguna forma, esos diversos niveles epistémicos en el proceso de la investigación concreta (Kuhn

ESQUEMA 1

Jerarquía epistémica



1970). En la indagación de lo complejo ejercemos un cierto conocimiento “tácito” (Polanyi 1969) y no en su totalidad consciente y explícito; pero esto no nos dispensa de que debamos ir tratando de explicitar y reconstruir tales presupuestos, principios y procedimientos “tácitos”, en la medida en que avanza nuestra práctica científica, atendiendo al carácter —en principio— *racional* de esta práctica social. Esto implica ejercer una “vigilancia epistemológica” constante, durante el ejercicio profesional de la producción de conocimiento (Bourdieu *et al.* 1975).

Lo que, siguiendo a Kuhn (1970), llamamos paradigma, concebido como visión “científica” del mundo, fuente a su vez de preguntas y de intentos de respuesta de índole cognoscitivo, puede entenderse en una dimensión más sociológica e histórica como una “tradición de investigación” (Laudan 1978), como “un conjunto de presupuestos generales sobre las entidades y procesos que conforman un dominio de estudio, y sobre los métodos apropiados para investigar los problemas y construir las teorías en tal campo de estudio”. Es decir, como se puede apreciar en el esquema 1, una tradición de investigación, desde un punto de vista ontológico, incluye concepciones *más o menos* explícitas sobre qué entidades elementales existen y cómo interactúan. Y desde un punto de vista metodológico, desarrolla directrices *más o menos* explícitas sobre cuáles son las formas legítimas de abordar la indagación sobre tales entidades y sus interrelaciones. Pero una tradición de investigación es siempre puesta en acto por miembros de una comunidad científica concreta, histórica y socialmente situada. Los principios, presupuestos y patrones de razonamiento que guían metódicamente la investigación, no constituyen entonces un procedimiento universal y abstracto (un algoritmo), separado de concepciones y presupuestos históricamente enraizados (Laudan 1978; 1981; Lakatos 1980; Kuhn 1970).

El método en acción se encuentra, pues, íntimamente ligado con otros elementos de una “matriz disciplinaria”: generalizaciones simbólicas, modelos heurísticos y ontológicos, valores, soluciones “ejemplares” a problemas cognoscitivos previos, etcétera, en la concepción de Thomas Kuhn (1970). *Mediante* esta matriz disciplinaria, es decir, siguiendo un cierto paradigma o marco epistémico más o menos consensual, una comunidad de científicos intenta resolver los problemas cognoscitivos que surgen en su enfrentamiento profesional con

en Estados Unidos hasta hace muy poco.¹ También se le encuentra entre los presupuestos básicos de la economía neo-clásica.

- b) El principio de emergencia, mediante el cual se cree —como lo hacía Durkheim— que el todo social engendra nuevas propiedades, que se imponen a los individuos. Es decir, en su formulación más simple y más clara, “el todo es mayor que la suma de sus partes”. Este principio de emergencia permitió al empirismo sociológico —y al llamado “enfoque pluralista” en ciencia política— estadounidense ligar de forma teórica las acciones de los individuos en totalidades más complejamente concebidas por medio del enfoque funcionalista y otros desarrollos teórico metodológicos, por ejemplo la teoría de los sistemas generales.
- c) El de “totalidad relacional”, que considera a la sociedad como un sistema de interacciones, oposiciones, equilibrios/desequilibrios y superaciones que desde el principio introducen determinaciones a los elementos individuales y que, por otra parte, explican las variaciones y mutaciones del todo.

Nosotros pensamos que esta última posición, que puede llamarse dialéctica, incluye jerárquicamente, *superándolas*, a las dos anteriores, de tal manera que permite pensar, por niveles, en el papel histórico de los sujetos individuales, quienes a su vez forman parte de diversos grupos, clases, etcétera (es decir, de varias jerarquías sistémicas), que no se conforman y relacionan aditiva, lineal y mecánicamente, sino por medio de múltiples niveles de emergencia, y que forman parte a su vez de procesos amplios de estructuración/desestructuración-reestructuración *históricas*. *Se trata, entonces, de una jerarquía de concepciones de complejidad* de la materia histórico social. Como describiremos posteriormente, nosotros consideramos que esta concepción dialéctica es la que ha sustentado la tradición de investigación latinoamericana, que ha hecho útil una metodología histórico estructural.

1. Por ejemplo, el conductista George Homans (1990: 93) aún sostiene que: “Si la conducta de los seres humanos, su historia y sus instituciones pueden ser analizadas sin residuo en las acciones de los individuos, debería parecer obvio (...) que los principios que explican sus acciones han de referirse a la naturaleza humana individual, es decir, han de ser principios psicológicos”.

Dos aclaraciones: Una concepción que postula la estructuración activa por parte del analista, del *objeto de estudio*, no cae necesariamente en una suerte de “relativismo”; y menos aún en un *idealismo* (la idea que construye o da forma al mundo). Es decir, que a partir de la posición epistemológica racionalista llegue a negar la existencia concreta y material del *objeto real*, y niegue además *algún grado* de isomorfismo o correspondencia entre las estructuras o modelos contruidos con las *estructuras reales* de tal objeto real. Este último problema se resuelve si se adopta, por una parte, una posición *ontológica* realista, que presupone la existencia del objeto real “allá afuera”, independientemente de que yo quiera o pueda conocerlo; pero esta posición deberá ser complementada por un realismo *epistemológico*, que lleva a considerar que las estructuras y modelos que uno genera corresponden en *algún grado* a las estructuras y movimientos de aquel objeto real. De otra forma sí estaríamos cayendo en el idealismo o por lo menos en algún tipo de “relativismo” (convencionalismo, instrumentalismo).² Cualquiera de estas posiciones corre el peligro de considerar como “válido” *cualquier* modelo del mundo, lo que en el extremo llevaría al anarquismo epistemológico. El punto de vista dialéctico implica, pues, un realismo ontológico y epistemológico, complementado por una convicción *racionalista*, que atribuye a la razón humana un papel activo y predominante en el proceso de producción de conocimiento útil sobre el mundo.

Por otra parte, Jean Piaget (1976: 71) sugiere —y nosotros creemos lo mismo— que hay marcos lógico-matemáticos (modelos) más complejos y “fieles” a la realidad que otros, además de que, inevitablemente, las concepciones que guían la investigación, tarde o temprano, tienen que ser cotejadas en forma descriptiva o explicativa con los datos de la experiencia y entre ellas mismas, de tal suerte que aquellas que se muestran más útiles para resolver problemas tanto cognoscitivos, como eventualmente prácticos, prevalecerán en el tiempo (Lakatos 1980).

De la articulación compleja de presupuestos y procedimientos privilegiados por una tradición de investigación surge entonces, toda una *lógica del descubrimiento*, entendida en términos *constructivistas*. Es decir, que permite articular a la vez preguntas y determinar

2. Véase la discusión de algunos de estos tópicos en Lakatos (1980) y Schaff (1974).

áreas problemáticas que enriquecen el proceso de construcción de un objeto de estudio. Se entiende mejor la importancia de considerar el método como *lógica del descubrimiento* si recordamos que los empiristas lógicos —o neopositivistas, que tanta influencia han tenido en las ciencias sociales a través de sus seguidores estadounidenses— consideraban que el proceso de investigación científica consistía básicamente en dos momentos: Uno, que caracterizaba el llamado “contexto del descubrimiento”. Ahí emergían, de algún modo, preguntas e hipótesis de investigación. Pero este contexto del descubrimiento en realidad no les importaba a los positivistas, pues en él podían intervenir aspectos psicológicos no racionales, o el azar mismo, como en la llamada “serendipia”, en la producción de preguntas de investigación. Este contexto se prestaba para referir anécdotas, algunas incluso chistosas, pero para ellos no se podía llegar a reconstruir —ni les interesaba— una “lógica del descubrimiento”.

Lo que sí era importante para los empiristas lógicos, como base para rehacer una metodología científica rigurosa, era el llamado “contexto de la justificación” del que sí era posible inferir y generalizar toda una “lógica de la justificación”. Es decir, la reconstrucción del proceso de puesta a prueba y verificación o refutación de las hipótesis. De nuevo, el origen de éstas era en última instancia irrelevante, en la medida en que se siguieran procedimientos rigurosos, válidos y confiables, de contrastación de tales hipótesis con el comportamiento de la realidad; de “justificar” científicamente la plausibilidad de las hipótesis y de su validez intersubjetiva mediante tales procedimientos (cfr. Hacking 1981). Nosotros creemos que la vigilancia epistemológica y metodológica de este “contexto de la justificación” es muy importante, porque en el rigor y sistematicidad de los procesos de comprobación o falsación de hipótesis está un componente principal de la definición de la investigación científica como actividad diferente de otras que también pueden generar (alguna forma de) conocimiento. Pero consideramos también, siguiendo a epistemólogos pospositivistas y constructivistas, que el contexto y la lógica del descubrimiento, del que también surgiría toda una “lógica de la construcción” de los objetos de estudio, son también elementos fundamentales del proceso de investigación científica. Por esta razón, es importante ampliar al campo semántico de “la metodología”, relacionándolo con los otros aspectos y momentos que constituyen una

tradición de investigación o marco epistémico, para que nos ayude a explicitar toda la serie de principios, presupuestos y patrones de razonamiento que hacen (más) fructífera la labor de *generación de preguntas* e hipótesis de investigación, de la misma forma como es importante dejar claros los procedimientos lógicos y técnicos de producción, análisis e interpretación de datos y contrastación de hipótesis.

Que conste que no estamos simplemente proponiendo otra versión (pero con más “rollo”) del llamado método hipotético-deductivo, en la medida en que no creemos que las preguntas e hipótesis surgen, *en la práctica real*, directa y elegantemente de inferencias deductivas a partir de LA teoría, sino de una interacción más compleja entre elementos teóricos y metodológicos explícitos y sistemáticos, con otros presupuestos de diverso orden menos elaborados, explícitos y sistematizados, pero que forman parte del cuerpo de nociones que conforma la tradición de investigación. Es la labor del metodólogo y del epistemólogo (o del científico interesado en esas labores) explicitar y sistematizar esos elementos y su articulación procesual, para tratar de hacer más útiles los métodos que se muestran (más) fructíferos en el proceso de comprensión y explicación de la compleja y cambiante realidad.

Esta posición constructivista, racionalista y dialéctica no es, por otra parte, nada nuevo en términos de la práctica real de científicos del mayor calibre: Por ejemplo, Karl Marx (1974: 258) hablaba de la necesidad de *producir*, mediante el trabajo de abstracción, los conceptos que se refieren a lo concreto y múltiple, lo que se puede resumir en las palabras de Ferdinand de Saussure (1975: 49): “es el punto de vista el que crea el objeto”. Pero desde luego, esto no se refiere al objeto real (realidad “heteróclita”, como llamaba el mismo de Saussure al lenguaje, su propio “objeto real”), sino al objeto de análisis e investigación. De nuevo, no se trata de tomar una postura idealista, sino describir una estrategia racional normal que han seguido los grandes científicos en su práctica de dar inteligibilidad al mundo real y concreto. Por ejemplo, Noam Chomsky (1977: 57) explica que:

Los fenómenos que son suficientemente complicados como para que valga la pena su estudio, generalmente involucran la interacción de diversos sistemas. Por consiguiente, uno debe abstraer un objeto de estudio, uno debe eliminar los factores que no son pertinentes.

Entonces, podemos resumir este último argumento citando al historiador Pierre Vilar (1988: 53):

La cosa observada es como es. Nosotros la observamos, y somos nosotros quienes, a partir de esta observación, *construimos* un “modelo” reflejando el mayor número posible de características del objeto o, en todo caso, de sus rasgos fundamentales. (...) La ciencia es la adecuación —en continuo progreso— de la *imagen construida* que nos hacemos de la realidad misma.

La última frase de la cita refleja una postura epistemológica realista. Sólo unas aclaraciones: La cosa observada es, de hecho, *como está siendo*, pues no hay nada bajo el sol que sea estático y no cambie permanentemente. Por otro lado, los modelos que construimos, tal como lo hemos comentado antes, no surgen —únicamente, por lo menos— de la observación empírica directa, sino con la mayor frecuencia de la compleja interacción de ésta con las concepciones que provienen de tradiciones de investigación y paradigmas —marcos epistémicos— que nos han socializado como investigadores. Además, si bien creemos que hay un progreso creciente en la generación del conocimiento científico —incluyendo el social—, pensamos que éste no se da en una progresión continua y linealmente acumulativa, aunque en el extremo tampoco en “cortes” o “rupturas” (cambios de paradigmas) demasiado abruptos y totales, sino en forma irregular, a base de continuidades, discontinuidades, negaciones y superaciones dialécticas que no anulan totalmente lo que niegan, pero que tampoco lo “reducen” o subsumen lógicamente como piensan los neopositivistas (Radnitzky y Bartley 1987). Siempre hay algo nuevo bajo el sol, a pesar de que “no hay nada nuevo bajo el sol”, aunque suene contradictorio. Hay que conocer un poco de historia de la ciencia para estar de acuerdo con esta última aseveración. Finalmente, tenemos que dejar claro que una reflexión epistemológica nunca podrá aclararnos cabalmente cómo opera *también*, la intuición, el ingenio, el genio humano, en el proceso todo de producción de conocimiento. Si bien aquí reconocemos la operación, a veces fundamental, de esta dimensión, nos abstraemos de ella por el momento (si todavía no alcanzamos la “modernidad”, menos podemos introducirnos a planteamientos “pos-modernos”, que minimizan la razón para otorgar primacía a lo intuitivo e irracional).

ANÁLISIS HISTÓRICO ESTRUCTURAL

El análisis histórico estructural, tal como ha sido desarrollado por científicos sociales latinoamericanos, es una forma de aproximación dialéctica al estudio de la sociedad. Esta caracteriza metodológicamente a toda una tradición de investigación, que tuvo un gran momento en los años setenta pero que, pese a las grandes crisis mundiales (económicas, pero que se han traducido en crisis políticas, sociales, culturales e incluso de “paradigmas” en las ciencias sociales, que no pueden todavía anticiparse al devenir histórico), nosotros creemos que en la medida en que se han dejado atrás rigideces ideológicas y “purezas epistemológicas” insostenibles, es todavía una fuente rica para la generación de preguntas, hipótesis o intentos de respuestas y, eventualmente incluso, de guías potenciales para la acción social (Cardoso 1972; Sonntag 1988; Sánchez Ruiz 1989). Como es imposible hacer aquí una síntesis del desarrollo reciente de las ciencias sociales latinoamericanas (cfr. Boils y Murga 1979; Sonntag 1988; Paoli Bolio 1990), sirva comentar que el análisis histórico estructural latinoamericano fue la base metodológica del “enfoque de la dependencia”,³ el cual ha alimentado corrientes y analistas tan influyentes como Immanuel Wallerstein o Samir Amin, en todos los continentes.⁴ Este enfoque teórico metodológico, que principalmente surgió con el fin de estudiar los procesos de desarrollo capitalista y cambio social, a su vez se ha nutrido de diversas fuentes intelectuales, por lo que podemos pensar que constituye una “síntesis creativa” y superadora de sus propias fuentes. Sin embargo, hay un relativo consenso en que “implícita o explícitamente la [principal] fuente metodológica es la dialéctica marxista” (Cardoso 1972: 10). Despojada de su aura religiosa y dogmática, sujeta ella misma a la crítica epistemológica, empírica y práctica, la dialéctica, ahora entendida como fuente metodológica para hacer *preguntas* sobre un mundo complejo y cambiante, ha demostrado mayor riqueza al generar

3. Nos interesa diferenciar el *enfoque*, de la llamada “Teoría de la Dependencia” (así, con mayúsculas), porque el primero, como visión metodológica principalmente, fue y sigue siendo mucho más fructífero que la segunda, misma que creyó haber encontrado las leyes del “desarrollo del subdesarrollo” y se agotó en esquematismos simplificadores (cfr. Sonntag 1988; Cardoso 1972).
4. Véase por ejemplo, Molero (1981) para el caso de España.

diversos enfoques particulares de análisis social, tales como la investigación-acción, el enfoque histórico estructural y otros.

Describiremos enseguida algunos presupuestos que sirven de base para los patrones de razonamiento que hacen útil para la indagación social el análisis histórico estructural.

Complejidad articulada...

Las sociedades y su devenir histórico no se constituyen por simples agregaciones lineales de sus componentes individuales, sino que son sistemas complejos con múltiples interacciones entre sus diversos subsistemas. En palabras de Karl Marx (1974: 258) “lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, esto es, unidad de lo diverso”. Desde este punto de vista, el investigador social, al construir un objeto de estudio, trata de desentrañar el nexo complejo de múltiples dimensiones, articulaciones y en última instancia determinaciones mediadoras, que pueden ser analizadas a diversos niveles o escalas (socio-espacial, temporal, etcétera), mediante la producción de los conceptos pertinentes. Es decir, se efectúa una “reconstrucción articulada” (Zemelman 1989) del objeto de estudio en ciernes (por ejemplo, la operación social de los medios masivos de difusión), mediante la abstracción (producción de conceptos), para regresar de nuevo a lo concreto, pero esta vez con un mayor entendimiento dado por la síntesis ordenada y jerarquizada —que a su vez se enriquece en momentos posteriores— de las múltiples dimensiones, sus articulaciones y sus formas de mediación sobre el devenir del concreto real. Hablamos, pues, de múltiples jerarquías sistémicas. Hugo Zemelman (1982: 146-147) nos recuerda que el concebir la realidad como compleja y articulada (concreta), no es una idea nueva:

Nuestro supuesto es la idea de que “el movimiento de la realidad es un irrefrenable impulso de lo singular hacia lo universal, y de éste de nuevo hacia aquello” [Luckacs]. Como señalaba Lenin, a propósito de la lógica de Aristóteles, “lo singular existe sólo en su conexión con lo universal”; “todo lo singular está en conexión, *por miles de transiciones*, con otras especies de singulares (cosas, fenómenos, procesos)”. La realidad misma es “la mutación dialéctica de las determinaciones mediadoras y de los eslabones intermedios”. Por esto, la mediación cumple su función en la aprehensión de la realidad.

Pero es en los presupuestos que ligan la praxis individual y social con estructuras (patrones amplios de relaciones *más o menos* estables y por lo tanto repetitivas), que a su vez tienen historicidades diversas pero combinadas, donde reside el potencial de este acercamiento teórico metodológico para enriquecer nuestra “imaginación sociológica” (Mills 1974). Esta imaginación sociológica consiste en presuponer que “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen como les place; no la hacen bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente encontradas, dadas y transmitidas del pasado” (Marx 1975: 15). Notar que la cita de Karl Marx incluye la acción práctica y (potencialmente) transformadora de los hombres: de hecho, nos invita a indagar y conocer, como lo haría casi un siglo después C. Wright Mills (*op. cit.*), la interacción entre biografía, estructura e historia.

...O totalidad estructurada...

Las “circunstancias” que cada uno de nosotros ha heredado del pasado configuran conjuntos de hechos y relaciones sociales más o menos cristalizadas en instituciones que, en sus interconexiones mutuas, constituyen las estructuras globales fundamentales de la sociedad: económicas (relaciones y prácticas de producción, distribución y consumo), políticas (relaciones y prácticas de organización por el ejercicio del poder), culturales (relaciones y prácticas de producción de sentido), mismas que, en su compleja interacción y combinación, “distribuyen” a la gente en lugares diferenciados —y desiguales— de la estructura social (ver esquemas 2 y 3).⁵ Estas estructuras globales, por múltiples mediaciones que significan transiciones de nivel (del todo social a las clases, instituciones, grupos, individuos), “determinan”, es decir, establecen límites, a la conducta individual y a las interacciones sociales. Se puede pensar en *complejos campos probabilísticos* heredados del pasado,⁶ que sin embargo pueden ser

5. Notar que, por *necesidad de exposición*, los esquemas, especialmente el 2, presentan como “separados” aspectos de la realidad que en el “mundo real” *están íntima y complejamente entrelazados*.
6. ¿Qué tan probable es que un indígena, campesino nacido en Oaxaca llegue a ser presidente *hoy en día* de México?

ESQUEMA 2
La pirámide social

